F109

ROMANCERO

DEL GRAN CAPITÁN

D. Gonzalo Fernández de Córdoba

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Prohibido el traducir ni dar lecturas públicas de esta obra, sin permiso de su autor.

HSp.B
F3636
.Ym

ROMANCERO

DEL GRAN CAPITÁN

D. Gonzalo Fernández de Córdoba

Orgullo y legítima gloria del Ejército Español

POR

Don José Molero Rojas

Capellán Castrense,
Doctor en Leyes y en Filosofía y Letras

CON UN PRÓLOGO DE

D. AURELIO MATILLA

Capitán de Infantería, Redactor de «Prensa Gráfica»

Y UN EPÍLOGO DE

D. José Adolfo Garbayo

380740
22.5.40

MADRID

R. VELASCO, IMP. MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1915

AUTORES que se han tenido en cuenta al escribir este libro.

QUINTANA, en sus «Vidas de españoles ilustres».

ZURITA.

MARIANA.

HERNÁN PÉREZ DEL PULGAR, SEÑOR DEL SALAR, «Crónica anónima del Gran Capitán. Sumario de las hazañas del Gran Capitán».

AYALA.

GIANNONE.

HERRERA, en sus «Hechos de los españoles en Italia».

BERNÁLDEZ, «Crónica manuscrita de los Reyes Católicos».

ALARCÓN, «Comentarios del Gran Capitán», y otros.

Excmo. Sr. D. Manuel Fernández Silvestre
General de Brigada

Al Excmo. Sr. D. Manuel Fernández Silvestre, General de Brigada del Arma de Caballería, Ayudante de S. M. el Rey Don Alfonso XIII.

Excelentísimo señor:

España se prepara, mi General, a celebrar el IV Centenario del Gran Capitán, Don Gonzalo Fernández de Córdoba.

La historia gloriosa de nuestra querida patria puede decirse, que está de enhorabuena, porque evocando el recuerdo de aquel eximio Jefe de la Milicia, al que pretende homenajear, surgirán en la mente de todos los buenos españoles los hechos insignes y las memorables hazañas del «mejor Capitán de aquella época», como se le llamó entonces, y por cierto con más que sobrada justicia.

La circunstancia especial de pertenecer V. E. a la honrosa Arma de Caballería, en la que tanto se distinguió, y a la que perteneció también el inolvi-

dable héroe del Garellano, así como la de llevar V. E., como aquél, el apellido de Fernández, ha sido, aparte de otras consideraciones, el motivo de dedicarle y escogerle para que sirva de Mecenas a las presentes páginas, que hoy ven la luz pública.

Este libro, al salir de manos de su autor, veríase en la dura necesidad de ir solo por la vida y huérfano de todo amparo, si V. E., como lo espero, no lo acogiese benévolo y le otorgara su beneplácito.

Si V. E., mi General, se digna aceptarlo, esto constituirá de seguro su nota más saliente, y al propio tiempo será la mejor recompensa a que pueda aspirar su más atento seguro servidor y Capellán,

José Molero.

Madrid, Diciembre 1915.

PRÓLOGO

Aquel gran historiador, que se llamó Quintana, dijo en uno de sus celebrados estudios literarios, que el romance constituye el más rico caudal de nuestra poesía lírica; que hay en él más expresiones bellas y enérgicas a la par, más rasgos delicados e ingeniosos, que en todas las otras formas del verso castellano. Variedad de asuntos y tonos, riqueza de armonía y de imágenes, frescura y originalidad, todo halla asiento en el romance, siendo éste legítimo orgullo de nuestra literatura.

Sus cultivadores más afamados en otros siglos lo fueron Lope de Vega, Cervantes, Quevedo, Guillén de Castro y Góngora; y en la época moderna, D. Nicolás Fernández de Moratín y el Duque de Rivas.

El más antiguo de los Romances llegado a nosotros es, el que contiene la vida de Santa María Egipciaca, siguiendo en el orden cronológico los que constituyen la historia de nuestras luchas y conquistas, himnos cantados a la grandeza de una raza bravía y heroica.

Después de aquella época gloriosa en que floreció con los más grandes poetas del siglo XVI, cayó en desuso y vino a ocupar un lugar secundario, vencido por la majestuosidad de la epopeya, que tan bien encajaba en los gustos de aquellos tiempos. De nuevo hoy despierta de su prolongado letargo merced a la inspiración de D. José Molero Rojas, este sacerdote poeta, que canta en estrofas robustas y vibrantes las proezas de aquel caudillo cordobés, que ocupa un puesto de honor entre los capitanes ilustres de que la historia hace mención.

Gonzalo Fernández de Córdoba, glorioso paladín de los Reyes Católicos, bien merece este elogio de su bravura y guerreros méritos, que le dedica en versos fáciles e inspirados, en romances castizos y bellos, en que se describen sus siempre maravillosas hazañas, por la musa netamente española del autor de este libro.

Digno es el romancero del Gran Capitán, de figurar en puesto de honor, al lado de aquellos otros, que compuestos por inmortales vates, o

por la siempre fecunda musa del pueblo, perpetúan en nuestra hermosa lengua los heroismos de tantos y tantos españoles egregios.

Sobresalen por su mucha inspiración, en la primera parte, los romances dedicados, el primero a cantar a Andalucía, patria chica de Gonzalo y de su cantor, y también los titulados, Juventud de Gonzalo de Córdoba y La rendición de Granada; y ya en la segunda parte los que relatan el paso del Garellano, la Entrevista de Savona, y el trece y último que habla de la muerte del Gran Capitán.

Con el acierto de un cronista ameno y sabio, el poeta Molero hace en los comienzos de su obra un detenido y erudito estudio político y social de la época en que vino al mundo Gonzalo de Córdoba, escrito en prosa que patentiza una vez más, lo primoroso de su estilo y la pureza de su léxico.

Nunca mejor que ahora para deleitarse conmemorando las proezas del Gran Capitán, ya que a ello nos convidan las fiestas de su centenario, que hace de oportuna actualidad el recuerdo de los bélicos servicios del héroe cordobés, que tantos lauros ganó, para la bandera de España, logrando por esto fama imperecedera.

En Ceriñola mostróse hábil general y valiente soldado. Con intuitiva intención de caudillo

combinó felizmente la defensiva táctica con la ofensiva estratégica, adaptándose con sabia precisión a las exigencias de los acontecimientos, distribuyendo con notable acierto sus tropas y usando de las sutilezas de su fino ingenio, para llevar al ánimo de sus soldados la confianza en su propio esfuerzo y con ella la seguridad en la victoria.

Tan pronto como Gonzalo vió a ésta inclinarse a sus aguerridas huestes, tomó una rápida y briosa ofensiva, probando de este modo la clarividencia de su talento marcial y la serenidad de su juicio discreto.

Capitanes tan experimentados como Pedro de Paz, García de Paredes, Zamudio, Gonzalo Pizarro y Diego de Vera, artillero famoso, que tanto se distinguiera en el memorable sitio de Cefalonia auxiliaban la labor del bizarro caudillo andaluz.

Afamado y diestro, el jefe francés Duque de Nemours, no lograba sostener formal combate con las huestes de Gonzalo, que inferiores en número a las suyas no se daban punto de reposo en ingeniosas escaramuzas, bélicas sorpresas y hostigaciones inesperadas.

Cuando el general español recibió de su lejano país tropas de refresco aceptó la campal batalla, que su rival le brindaba con insistencia y

atravesando los históricos campos de Cannes, buscó a los franceses llevando un infante a la grupa de sus corceles cada ginete.

Tomó el Gran Capitán ventajosas posiciones sobre las laderas del cerro matizado de viñedos que corona el pueblo de Ceriñola, poniendo delante de sus líneas el foso natural de un barranco, que hizo prolongar debidamente. Avanzó Nemours desde Canosa, creyendo cerrar el paso al audaz castellano, que con sus 4.500 infantes y 500 caballos le presentó reñida batalla.

Pensó Nemours diferir el combate para que las sombras de la noche no estorbasen su marcial acción, mas no lo estimaron prudente sus capitanes, y en gracia a ello, rompió la lucha con el fuego graneado de su artillería y en avance escalonado de sus tropas. Eran dominantes las posiciones de Gonzalo y fué más eficaz, tal vez por la densidad de las formaciones de su rival, del fuego de la artillería española. Caía la tarde, el estrago en las filas francesas era enorme; no bastó la impaciencia de Nemours para alentar el ánimo decaído de los suyos, antes al contrario, su briosa embestida fracasó ante los certeros disparos de los cañones y de los mosquetes españoles. La carga de la gendarmería francesa resultó impotente, y en aquel crítico

momento, un soldado italiano que figuraba en las huestes del caudillo cordobés, temeroso de que las municiones cayeran en poder del enemigo, pone mecha encendida y hace estallar todas las contenidas en dos carros. Horrible fué el estruendo, las tinieblas de la noche obscura se rasgaron momentáneamente en relámpago vivísimo; por un momento el estupor se adueñó de los combatientes y ante la indecisa situación, con rostro alegre, con fe en el triunfo, seguro de sí mismo y de los suyos, Gonzalo recorre las filas y con ingeniosa cautela transforma en favorable agüero lo que era adversidad notoria: «Animo, compañeros, les dijo a sus valientes soldados, esas son las luminarias de la victoria que nos espera.»

Y así fué; en su impetuosidad ciega Nemours cayó con los asaltantes al fondo del barranco, en tropel confuso y en desorden desastroso, y cuando trata de salvar con una marcha de flanco aquel irrebasable obstáculo, el certero fuego de los arcabuceros españoles diezma sus filas.

Por cuatro veces la infantería francesa a las órdenes del bizarro coronel Chaudieu ataca con ímpetu brioso a las huestes hispanas, y en la cuarta perece el bravo jefe; aprovechando Gonzalo este momento decisivo para convertir su defensiva tenaz en atacante reacción precipitándose con

sus tropas como un alud fuera de la trinchera y arrollando a los asombrados franceses que no podían concebir tan bravo arrojo y certera decisión.

Con pérdidas insignificantes quedaba la victoria por los españoles que hallaron en premio de su bélica arrogancia, espléndido botín y pusieron a merced de su católico Rey todo el territorio napolitano.

Como dice el ilustre poeta autor de este libro que modeló y cimentó su talento, *es el Gran Capitán astro brillante de esos que dejan tras sí en la noche de los tiempos estela luminosa que marca la ruta de sus hazañas.*

Y estimando que este libro poético está a cien codos sobre la crítica superficial, que yo pudiese hacer en este prólogo, sólo aconsejo una fervorosa y detenida lectura del mismo, pues el que así lo haga, hallará en estos romances perfectos en forma y fondo, amenidad, grandes ideas y la detallada narración de la existencia de uno de los más altos prestigios del Ejército español.

Evocando esta prueba, la figura jamás empañada ni deslucida del gran Gonzalo ha hecho un sentido recordatorio de una de las mayores glorias tanto de la Patria como de nuestra Milicia, que jamás deben olvidar ni postergar en su

pensamiento, los españoles que de veras amen este suelo y que sientan la perentoria urgencia de ese resurgimiento espiritual y material, al que este libro puede colaborar muy eficazmente elevando las almas a las serenas regiones de la Historia y del Arte.

Himno de proezas es esta obra, lector.

Si amas el pasado y tienes fe en el porvenir deléitate con este Romancero del más neto clasicismo, con que te brinda un poeta que en el culto a la Patria puso las energías de sus envidiables entusiasmos y la robusta inspiración de su vibrante estro.

¡Lee y no olvides!

AURELIO MATILLA.

ROMANCERO DEL GRAN CAPITAN

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCION

y breve estudio histórico-crítico

acerca de los principales acontecimientos que se desarrollaron en Europa, y de un modo especial en España, desde el año 1453 al 1515

> Las vidas de los hombres célebres, son de todos los géneros de Historia, el más agradable de leerse.
>
> QUINTANA.

CAPÍTULO I

MUCHOS escritores, y algunos de ellos contemporáneos, han sentado como principio inconcuso que, la suerte y el porvenir de las naciones están en la punta de la espada. No pretendemos nosotros pararnos a investigar la verdad o

la falsedad de este aserto. Lo que sí queremos hacer notar es, que todos los pueblos han tenido siempre sus héroes en la carrera de las armas, a los que sin disputa de ninguna especie, deben en gran parte el cúmulo de sus grandezas y esplendores.

Para convencernos de esta afirmación, bastaríanos recorrer, siquiera fuese someramente, los anales de los pueblos que ocupan el puesto más culminante en la redondez del globo.

Ya en la antigüedad, leemos, que la fabulosa y gran Semíramis condujo atados al carro de sus triunfos, la serie casi increíble de naciones cuya grandeza hoy no nos es dado imaginar.

Más tarde, Cambises y sobre todo Alejandro, el insigne hijo de Filipo de Macedonia, hace cambiar la faz del mundo hasta entonces conocido, subyugando toda la Grecia al poderoso e irresistible empuje de su brazo forjado por Titanes.

Aníbal, siguiendo las huellas y consejos de su padre Amílcar Barca, logra hacer temblar con el estruendo de sus carros bélicos, los cimientos de la Ciudad de las siete colinas, y en Tesino, Trevia, Trasimeno y Cannas, no sólo puso de manifiesto el poder de su nación, sino que hizo gemir a los dioses, que se conmovieron al terrible acometimiento de las armas cartaginesas.

César, una vez que se deshace de su compañero Craso y de su malogrado competidor Pompeyo, lanza como huracán desencadenado la multitud de sus aguerridas legiones, aun a despecho y contra la voluntad del Senado Romano, sobre las dormidas y paradisíacas Galias, y al pronunciar, después de pasado el Rubicón, sus memorables palabras *alea jacta est*, inaugura con este hecho sublime la serie de lauros conque al mismo tiempo que adorna sus sienes de guerrero, esmalta y cubre con efluvios y nimbos de gloria el pabellón en que se sos-

tenían las temidas águilas del Capitolio.

¡Dejad que pasen los siglos! ¡Dejad que sobre el solio de Rómulo y Remo se sienten los Augustos, que si dominaron al mundo por la fuerza de sus sanguinarias cohortes, fueron a la vez vergüenza de la Humanidad! Dejad, por último, que la Roma providencial de los siglos se ahite de conquistas y de subyugar pueblos; no os extrañe que Antonio, el triunviro romano, perezca, olvidando sus deberes de general intachable, víctima de su pasión hacia Cleopatra, reina de Egipto; pues tras él vendrá Augusto, que derrocando el antiquísimo imperio de los Faraones y de los Ptolomeos, agregará a Roma las tierras que en otro tiempo sirvieron de morada a los hijos de Abrahám y de Jacob.

En todos estos fenómenos sociológicos, vemos, que la razón contundente de las armas ha sido la piqueta demoledora que, echando abajo las murallas de

unas naciones ha levantado otras, afirmación que consolida el apotegma de que la destrucción de unas cosas, es germen incesante y vivificador que hace brotar otras nuevas a impulso de un maravilloso resurgimiento. Y no puede ser de otra forma: el progreso no se detiene nunca: unas ideas son devoradas por otras, las naciones se renuevan, la vida cambia sin cesar, las instituciones se modifican o varían de nombre. ¿Y todo a impulso de qué? Pues la mayor parte de las veces, a impulso de eso que denominamos *fuerza*, llámese ésta, espada, fusil, cañón, ametralladora, buque de guerra o esas máquinas aéreas que llenan de estupefacción a los hombres del presente siglo y que parece están llamadas a cambiar el mapa y los destinos de las naciones.

CAPITULO II

Era el 16 de Marzo del año 1453, cuando vino al mundo, en Montilla, provincia de Córdoba, el que después en el transcurso del tiempo fué llamado el Gran Capitán D. Gonzalo Fernández de Córdoba. Nosotros abrigamos la convicción, de que la Providencia crea a cada hombre, para que cumpla una misión especial en este mundo. Son los hombres ilustres a manera de esas estrellas errantes, que de cuando en cuando vemos aparecer en la bóveda azul del firmamento, dejando en pos de sí una ráfaga luminosa, conque se las distingue a simple

vista desde el planeta que habitamos. Tal sucede al Caudillo del que nos proponemos hablar en estas páginas. Pocos pueden ponerse en parangón con él, de cuantos héroes de la Milicia llenan los anales de la historia patria. Si acaso alguien puede colocársele frente a frente, no creemos que sea otro ninguno que el inolvidable D. Fernando Alvarez de Toledo, Duque de Alba. Este, como aquél, cabe decir, que llenan un reinado, por los servicios que prestaron a la patria y a sus reyes; D. Gonzalo de Córdoba al rey Católico D. Fernando, y el Duque de Alba a Carlos V y Felipe II, Ambos a dos, parecen seguir la misma ruta, aunque se observan entre los dichos personajes marcadas diferencias, dignas de tenerse en cuenta. Sin que la gloria del uno menoscabe la del otro, vemos en el Duque de Alba, más que al caudillo guerrero, al consumado político que sigue la pauta que le marca el señor a quien sirve. En cambio, en

D. Gonzalo Fernández de Córdoba, distinguimos a primera vista al egregio soldado, cuya alma se alimenta con los hálitos de gloria adquiridos en los campos de batalla y en medio del estruendo de las armas y el fragor de los combates.

D. Gonzalo de Córdoba había nacido para guerrero. Casi acabado de venir al mundo, la atmósfera de la España en que vivía parece exhalar ruido de luchas y ese no sé qué de terrible y grande que enardece los corazones de los adalides esclarecidos. ¿Pero qué decimos? No sólo en España, sino en Europa entera, se veían cuadros que invitaban a la pelea a los pechos para ella animados.

Francia, Inglaterra, Alemania, e Italia, materialmente formada de pequeños Estados, tales como Nápoles, Venecia, Génova, Pisa, Florencia, Parma y otros más, ardían, no sólo en sed de conquistas, sino en ansias incansables de tremendas luchas.

En efecto; cuando D. Gonzalo Fer-

nández de Córdoba aparece en la arena del mundo, el clarín guerrero ha sonado en las principales naciones europeas. Al dar principio la Historia Moderna, la bella Italia se hallaba pletórica de convulsiones políticas, convulsiones a las que parecía ser llamada por causas diversas, que no queremos evocar en el presente estudio. Lo que pretendemos afirmar es que el sedimento arrojado en medio de ella por los antiguos Césares, epicúreos en su mayor parte, había trastornado la moral, engendrando la corrupción y el endiosamiento del individuo, refractario a toda ley y a toda autoridad.

Italia, decimos, desde que los Bárbaros en el año 476 habían caído sobre ella, echaron en su suelo el germen de la disolución y del desconcierto. Desde entonces, Roma ya no pudo llamarse la sola señora del mundo. Su poder único e incontrastable se había fraccionado, y de ese fraccionamiento brotó un número muy crecido de Estados, que se miraban

unos a otros con recelo, no sabiendo que así cavaban su propia ruina. El tiempo en que Carlomagno, el año 800, había sido consagrado por León III, como Emperador del Sacro Romano Imperio, era ya pasado. A la muerte de dicho Emperador, su herencia se subdividió notablemente, de tal manera, que en Italia hubo tantos Príncipes como ciudades, decirse debiera, con lo cual nacieron las suspicacias entre los señores, pretendiendo éstos devorarse los unos a los otros, como no podía por menos de suceder.

CAPITULO III

CONSTANTINOPLA acababa de ser tomada, después de sufrir un horrible sitio, por Mahomed II, hijo del intrépido Bayazeto I, el cual, tras numerosas y estupendas conquistas, es detenido en su triunfal carrera en Ancyra, donde Bayazeto muerde el polvo de la tierra y perece con 90.000 combatientes, al empuje de su competidor Tamerlán, que le derrota con 900.000 soldados mongoles. Vino al mundo, hemos dicho Gonzalo de Córdoba, en los extertores de la Edad Media de la Historia, que al expirar se llevaba consigo los últimos girones del manto de púrpura del antiquísimo y re-

nombrado Imperio de Oriente, tesoro incomparable de recuerdos gloriosos, cuna de héroes y de pueblos, que los fastos de la Humanidad jamás podrán borrar impunemente de sus páginas, sin que eso no constituya un tremendo ultraje a la verdad y a la cultura mundiales.

Cuando en el reloj de los siglos sonó la hora que dió paso al día 9 de Mayo del año 1453, fecha de la toma de la ciudad edificada por Constantino, un mundo se iba y otro venía. La civilización del Oriente dejó su puesto en tales instantes para dar paso a la civilización cristiana en todo su viril y pujante esplendor. Y estas ideas deben hacer pensar a los hombres de estudio, que la Humanidad no se detiene jamás en su carrera, y que todo, imperios, sociedades, instituciones, costumbres y leyes, es depurado en el crisol del tiempo que nada respeta y, que como el mitológico Fénix, tiene en sí mismo el principio de nuevas y prodigiosas creaciones.

Más todavía; firmes en nuestro propósito de demostrar que el alma del Gran Capitán parecía deber inspirarse en luchas épicas, que le sirvieran de modelo, para las empresas que debía de realizar en su vida, no creemos que sea ajeno a nuestro trabajo, dejar bien sentado, que, al nacer D. Gonzalo, aún parecía resonar el estruendo que había producido en Europa la guerra de los cien años, entre Francia é Inglaterra, y que ensangrentó y llenó de luto a los dos mencionados países. Esa encarnizada lucha terminó después de la victoria de *Formigny*, favorable a las armas francesas, que se adueñaron de la Normandía, dejando a los ingleses reducidos a la pequeña fortaleza de *Calais*.

Y como si esto fuera poco, ya en los años juveniles de nuestro héroe, éste hubo de tener noticia de la guerra civil de los treinta años, que tuvo lugar en Inglaterra, y que fué sin duda la época más aciaga y amarga de la monarquía

en la Gran Bretaña. Esta lucha cruel, conocida también en la Historia por la guerra de las dos Rosas, costó la vida a más de un millón de hombres y a ochenta Príncipes, todo sacrificado en aras de la aspiración a reinar de las dos Casas: la de los Lancaster y la de los Yorks.

Mientras tanto en Alemania, su emperador Federico III, después de arreglar sus diferencias con el Pontificado, y de haber sostenido una guerra encarnizada con Matías Corvino, rey de Hungría, y tras varias vicisitudes, cimenta su Imperio, entrando triunfante en Viena en el año 1490. Maximiliano I, su hijo, lucha con Luis XII, de Francia, derrotándole en *Guinegate*, declara la guerra a los suizos por no haberle auxiliado en su persecución contra la Borgoña, y por medio de guerras también, contribuye al engrandecimiento de su Imperio, adquiriendo las posesiones de los Países Bajos y de Flandes para la corona de la nación que regía.

CAPITULO IV

Por lo que dejamos asentado anteriormente, comprenderá el lector cuál ha sido nuestro ánimo al esbozar el cuadro en que vamos a colocar al hombre que venimos historiando, y que es objeto de nuestro estudio.

Gonzalo de Córdoba, rayo de la guerra, hijo de Marte, no podía venir al mundo en otra época más adecuada ni más a propósito para que su espíritu juvenil se inspirase en las guerreras hazañas que habían de constituir el engarce y la trama, digámosle así, de toda su existencia. Dad al ave aire en que volar y al

guerrero medios en que desenvolver sus actividades, y habréis colocado a cada uno dentro de su propia esfera.

España, nación privilegiada, estaba llamada a grandes designios dentro de la Humanidad. No pudiendo ciertamente sustraerse a las leyes inflexibles del destino, tenía que recorrer las mismas sendas que la Providencia parecía trazar a las naciones europeas, que entonces tomaban parte en el movimiento mundial.

¿Cómo lo verificó? Veámoslo. España tenía un duelo empeñado, hacía ya más de siete siglos, es decir, desde el 26 de Julio del año 711, fecha memorable, porque ella es la que marca el término de la dominación Visigoda, que dura más de trescientos años y que cayó al acometimiento invasor de los hijos de la Media Luna, cerca de las márgenes del río Guadalete. Allí pereció el último rey de la monarquía Visigoda, D. Rodrigo; allí tuvo lugar el choque tremendo de dos pueblos, de dos civilizaciones; la ci-

vilización árabe que venía del desierto, de los abrasados arenales del Africa, sedienta de triunfos y conquistas, y la civilización cristiano-visigoda, que agotadas sus antiguas energías, dormidos sus instintos guerreros en el ocio y la molicie, cae, perece, víctima de la corrupción que llevaba en su seno. Este hecho doloroso y consumado, enseñó de una manera elocuente a los españoles, como dice un historiador, «que tenían una Patria que rescatar y un enemigo que vencer».

Es cierto, que desde aquella hora funesta, los españoles, pasado el primer espasmo, prodújose en ellos tamaño sacudimiento y tan saludable reacción, que no soñaron ya más, justo es confesarlo, que en volver a recobrar a trueque de los más grandes sacrificios, lo que habían perdido por su criminal dejadez y censurable apatía. ¿Qué debían hacer más que eso?

Gloriosa es por demás la epopeya de la Reconquista, que entonces comienza

en las montañas de Asturias, al ingente grito bélico pronunciado por Pelayo. A fuer de imparciales, que debemos ser, sacrificio en aras de la verdad, que está obligado hacer todo historiador, no pretendemos negar las victorias que en territorio español obtuvieron los hijos de Islám.

Como comprenderá el lector, no es nuestro objeto hacer una detallada historia de la Reconquista, pero sí nos conviene consignar, que si los muslimes al mando de Tarik vencen en Ecija, Córdoba, Málaga y Toledo, bien caro les costaron esas victorias.

Y téngase en cuenta, que por no traspasar los límites que nos hemos impuesto, y no hacer demasiado prolijo nuestro trabajo, renunciamos a enumerar detalladamente la falange de héroes que contribuyeron hasta la época de los Reyes Católicos, a arrancar de manos de los árabes nuestro territorio.

En medio de la amargura natural que

causa ver a nuestra amada España casi en poder de los musulmanes, alégrase el corazón contemplando la pléyade de Príncipes que sin descanso quebrantan la osadía de los invasores; el alma llénase de dulce satisfacción al observar las figuras de Alfonso I el Católico, a quien los árabes apellidaban «el hijo de la espada, el terrible, el matador de hombres», que en breve tiempo corona su frente con los inmarcesibles laureles del Orbigo, y persiguiendo a los ejércitos sarracenos, sin tregua, se hace dueño de las costas septentrionales y occidentales de España: Fruela I obtiene de los enemigos en Galicia señalados triunfos; Alfonso II el Casto, pone en buen orden cuanto los árabes habían desquiciado a su paso por Asturias, aniquilando además los ejércitos de Hixen I en Lutos: Ramiro I, el de la Vara de la Justicia, obtuvo varias victorias contra los berberiscos cerca de Portugal; Ordoño I los derrota en Clavijo; Alfonso III, el

Grande, en Coimbra, Viseo, Zamora, Alava y Navarra; Ordoño y Ramiro, segundos de este nombre, en San Esteban de Gormaz y en Simancas desafiaron la furia del primer Califa de Occidente, Abderraman III, como desquite de la infortunada quiebra de Valdejunquera.

No importa que Almanzor les haga sufrir reveses, porque inmediatamente los Príncipes cristianos reunidos, abatirán su orgullo en Calatañazor en el año 1002, donde huye para salvarse el victorioso hasta entonces, caudillo musulmán.

Y se funda el vigoroso reino de León; y más tarde levanta su frente el que fué primero condado y después reino de Castilla. No importa que por algún tiempo parezca como adormecido el interés de la reconquista; la llama del amor patrio está bajo la ceniza, y surgirán Alfonso I de Aragón, y luego Alfonso VI y Alfonso VII de Castilla, que destrozaron el poder de los almoravides y al-

mohades, y preparan el terreno para la memorable batalla de Las Navas ganada por Alfonso VIII y que señala la decadencia del dominio sarraceno en España.

Y si algo faltase todavía para demostrar el ardimiento con que en nuestra nación se luchaba, por redimirla de la opresión en que gemía bajo el yugo berberisco, recordemos la figura noble y simpática del rey guerrero Fernando III, el Santo, que heredando de su abuelo el de Las Navas, el afán y tesón para combatir a los musulmanes, apenas se corona y pone en orden sus Estados, lleva sus armas victoriosas hacia Jaén, Córdoba y Sevilla, que abren sus puertas al hijo de D.ª Berenguela la Grande, de Castilla.

Y véase cómo nos acercamos a pasos agigantados al reinado de los Reyes Católicos, pasando por alto hechos de menor importancia y ajenos a lo que nos proponemos

CAPITULO V

España aún se hallaba constituída en varios reinos, debida esta subdivisión al influjo de la Reconquista que venía realizando desde que en Covadonga la iniciara el insigne don Pelayo. Durante todo el período de la Edad Media, el poder singular de los señores había contribuído en gran manera a la falta de unidad política en toda Europa y por tanto también en nuestro territorio. Pero esta serie de cosas, este aspecto político de España, estaba próximo a concluir por designios providenciales. Los Reyes Católicos iban a acabar con todo aque-

llo que había sido rémora en uno o en otro sentido, para que la Reconquista de la nación española llegase a ser un hecho. Creemos que varias causas habían sido parte a retardar el golpe de gracia que los españoles habían de dar a la argolla islamita, que los oprimía. Una de esas causas era el feudalismo. Como piedra de colosales dimensiones que es arrojada desde la cumbre de altísimo monte, y que descendiendo a los valles y llanuras causa estragos sin cuento; así como el rayo que se forma junto a las nubes y que atravesando con estela flamígera los espacios inconmensurables cae sobre el árbol añoso de ramas seculares, aniquilándole en su empuje inmenso, de esta suerte el feudalismo, institución absurda a todas luces, al menos, tal, como estaba constituída en la época a que nos referimos y que tuvo su origen en la barbarie de las sociedades medioevales, sufre un golpe mortal con la cristalización definitiva de las

monarquías influenciadas por el soplo vivificador de las ideas benditas que había venido a promulgar el Hombre Dios.

Este problema, de tan difícil y delicada resolución, fué uno de los principales asuntos que preocupó el ánimo de los Reyes Católicos. Talento singular demostraron al acometerlo y procurar llevarlo a feliz término. ¡Y qué contraste más digno de tenerse en cuenta! ¡Lo que va de ayer a hoy!, podemos añadir. Hace poco, en el reinado anterior de Enrique IV el Impotente, el capricho, la voluntad de los magnates propendía extralimitándose y abriéndose paso por las gradas del trono, a mancillar la Augusta dignidad del Monarca, de tal manera, que éste, juguete de la nobleza, vivía a expensas de la tolerancia y de la conmiseración de aquélla, constituyendo eso un desdoro moral de las regias prerrogativas, y tal cosa no debía tolerarse en manera alguna.

Ahora, en cambio, los grandes se mi-

rarán en sus reyes, no pudiendo por menos de inclinar la frente, si no de buen grado, al menos subyugados por la influencia de su autoridad; sugestionados más bien por el prestigio de que ven rodeados el trono y la realeza. Y de tal suerte es esto verdad, que no parece aventurado afirmar, que al posesionarse de su solio D. Fernando V de Aragón y D.ª Isabel primera de Castilla, la nobleza española se dió cuenta exacta de que era llegada la hora en que debía seguir otro rumbo distinto del que hasta entonces había llevado. El poder central iba a cambiar de aspecto. Las cosas ocuparían cada una el puesto que les correspondiera, dejando sin embargo a las particulares iniciativas de la nobleza todo aquello que pudiera servir de realce a la Monarquía, pero ocupando siempre ésta el primer puesto sin trabas de ninguna especie. Los vasallos, por muy alta que fuese su categoría, serían los servidores de los reyes, y no los reyes servidores

de aquéllos. Este modo de obrar era nuevo para los señores que ejercían el poder feudal en España. Implantarlo en nuestra patria era ardua empresa para los Reyes Católicos, que la realizaron de tal forma que la Historia no puede por menos de prodigarles el aplauso unánime que merecen.

De igual manera que en el cuerpo humano todos los miembros obedecen sin replicar a la cabeza que los dirige, manda y ordena, a fin de que obren del modo más conveniente, así en los organismos sociales todos los individuos que los componen, sin distinción de clases, están obligados a sujetarse en absoluto a Aquel que representa y encarna la autoridad, y esa autoridad tiene que llevar aparejada la sumisión omnímoda de todos cuantos elementos le están subordinados y la integran, porque solo así el factor Estado puede llenar los altos fines para los que ha sido constituído.

No es el individuo la Sociedad, sino

una parte de ella. Siendo esto así, la vida de la Sociedad importa de tal manera al individuo, que los esfuerzos de éste deben encaminarse a que el Estado prospere, porque en el Estado deben estar reflejados los individuos que de él dependen, pues la gloria y bienestar de Estado es por un maravilloso contraste la prosperidad y gloria de los individuos. ¡Tan íntima es la unión que debe reinar entre ellos!

No está en nuestro ánimo abogar por la teoría que defiende la *completa e inconsciente absorción* del individuo por el Estado, en forma tal, que reduzca la personalidad humana a la mera condición de *autómata*. Eso creemos ser una aberración condenada igualmente por la Moral y la Filosofía. Pero lo que sí defendemos, es que la soberanía no puede vivir con los prestigios que se merece, si no cuenta con la adhesión total de los súbditos, que al paso que de ella reciben sus iniciativas, deben asimismo prestarle

su apoyo y depender de ella, a la manera que el tronco del árbol da savia y vida a las ramas que representan su fecundidad y esplendor.

¡Epoca desquiciada aquella en que todo iba por desgracia revuelto en el confuso torbellino de ideas absurdas y antitéticas, y que eran antesala del desorden, que se vieron obligados a atajar con mano dura los Reyes Católicos!

¿Cómo no hemos de censurar acremente el espectáculo que dieron con frecuencia los magnates, en los tiempos calamitosos que se sufrían, sobre todo en la Edad Media y principios de la Moderna? ¿Podía verse acaso con pasividad, el que aquella turbulenta nobleza, que debiera ser brazo del Poder, sirviera más bien para desacreditar los conspicuos prestigios del solio de los reyes? ¿No era altamente indigno el que fuera potestativo en los magnates pretextando cualquier motivo fútil, contribuir o no con los soldados o mesnadas que mantenían

a su costa a la defensa de los intereses más sagrados y máxime cuando se trataba del enemigo común, que era la dominación sarracena, tema palpitante de aquella época para nuestra Patria? Y si quisiéramos descender a otro terreno, la nobleza se abroga el privilegio de acatar o rechazar las leyes y órdenes que emanaban del Monarca, produciendo esto el consiguiente escándalo y mal ejemplo en las capas bajas de la sociedad, que así iban paulatinamente aflojando los lazos de obediencia, respeto y sumisión, que debían de unirlas a la persona augusta del jefe del Estado. ¡No hay ejemplo más pernicioso que el que proviene de arriba!

Aquella sediciosa nobleza exoneraba al rey en efigie, cuando le venía en ganas· negábale los subsidios precisos para su casa y persona, y jactándose además de eludir el cumplimiento de la voluntad del Soberano.

¿Podía esto tolerarse con calma sin

hacerse cómplice de tamaños desafue ros? ¿Podía dárseles ese trato a los que en la tierra representan la Majestad Su prema de Dios?

«¡Una nacionalidad robusta y una España nueva!» dijeron para sí, contemplando tal cuadro de horrores, en sublime y apocalíptico éxtasis, los Reyes Ca tólicos?

Y así fué en efecto; una nacionalidad robusta y una España nueva se preparaban a surgir.

CAPITULO VI

El camino que tratamos de recorrer, no ha llegado a su fin todavía.

Bien pudiéramos permitirnos siquiera un leve descanso en nuestra jornada. Así como a través del desierto el árabe que camina en su caravana, con frecuencia halla obstáculos difíciles de vencer, y ve con dulce satisfacción el oasis refrigerante en el que puede apagar su sed, a fin de continuar su marcha, así nosotros vamos a recrear nuestro ánimo, fijándonos en un hecho que si a espíritus fútiles parecería de poca importancia, nosotros, por el contrario, lo

creemos de la mayor trascendencia por las consecuencias que consigo trae aparejadas.

Hagamos notar, que según los historiadores coetáneos, no fué del agrado del rey Enrique IV, el Impotente, el enlace de su hermana con el Príncipe D. Fernando de Aragón, presunto heredero de su padre Juan II, el Grande, sin que consten en ningún documento las razones que el monarca de Castilla oponía a esa unión, lo cual da pie para pensar que no había ninguna o que eran fútiles las que alegara.

Pero ello es, que de tan mala manera sentó al rey la determinación de la virtuosísima Princesa Isabel, que en el claustro solitario cimentaba su juvenil y hermoso corazón para las empresas que luego había de poner en práctica, que el veleidoso rey se retractó de lo que antes había prometido a su hermana, en el acuerdo de Toros de Guisando, 19 de Septiembre de 1462, haciendo con esto

poco honor a su palabra, sobre todo en un asunto de tanta importancia, y declaró de nuevo la legitimidad de la Beltraneja, asunto bien enojoso y que no debió volverse a tocar.

Pero la Princesa Isabel había consultado primero con su corazón, factor importantísimo en estos casos, y después habíase asesorado también de personas sabias y prudentes y no estaba en verdad arrepentida de haber dado su mano al Príncipe aragonés. La augusta dama, que emblemáticamente representaba al leon castellano, parecía encontrarse muy satisfecha en la prisión voluntaria, y por tanto, jamás violenta, de las doradas barras aragonesas; porque, como ella decía, creyó haber obedecido en eso a la voluntad de Dios.

Y cuenta que, aun miradas por el aspecto que de humano tienen las cosas, no era el novio bocado despreciable.

Como hombre tenía un aspecto gentil y caballeresco, sensato y de carácter

franco y traía además como dote los codiciables estados del *Rosellón*, la *Cerdeña*, *Sicilia* y *Navarra* con *Cataluña* y *Aragón;* preseas que en verdad, no eran cosa baladí, si bien todo se lo mereciera la mujer insigne con la que venía a desposarse.

Pero en fin, lo que hace a nuestro propósito, es que apenas Enrique IV acabó de anular la designación que había hecho de su hermana para sucederle, la muerte le sorprendió y la augusta Princesa fué proclamada por las Cortes en Segovia, según la costumbre de la época, al grito de *Castilla por doña Isabel*, en 12 de diciembre de 1474.

No debe extrañar a nadie que nos detengamos en hacer un recuento minucioso de los acontecimientos particulares que se sucedieron al verificarse este enlace, porque arrancando de él el esplendor de la monarquía española, nada hay fútil y que no deba ser tenido en consideración.

Apenas los augustos cónyuges vivie-

ron bajo el mismo techo, la malicia, que es un *Argos* para todo aquello que a los demás se refiere, pretendió ver asomos y divergencia de pareceres entre los nuevos esposos.

Hay que advertir que como los reyes nunca caminan solos, gran parte de la nobleza de Aragón había venido en séquito con don Fernando, y los nobles castellanos se encontraban al lado de su reina doña Isabel. Unos y otros pretendían defender lo que bien podría llamarse derechos o prerrogativas de sus Señores. A los aragoneses parecía que el esposo, por su condición de tal, debía mandar como jefe único, y los castellanos, como es natural, no podían permitir que su reina y Señora fuese postergada en este sentido.

Los mal intencionados, que siempre los hay, empezaron a musitar: *un conflicto en puerta; no se van a entender.*

Eso creían los que por fuera miraban el palacio de los Soberanos.

Es indudable que los dos augustos esposos tenían cada cual sus derechos, a los que dicho sea de paso, no debían de renunciar en manera alguna, sin rebajamiento, no ya de su dignidad personal, sino también de la del país que representaban.

Los aragoneses y los castellanos tenían razón; y como la razón y la verdad son palabras sinónimas, no podía haber colisión de derechos, porque entre el derecho y el derecho nunca cabe guerra.

Es decir, que ambos cónyuges debían avenirse en tal forma que los dos dejasen satisfechas las aspiraciones de los dos pueblos, el aragonés y el castellano. Y así fué para bien de todos y mengua de los insensatos, que creían lo contrario.

Y es que, para la resolución de los problemas más difíciles de la vida, no se conoce remedio más eficaz que el talento, cuando va acompañado de la buena intención. Esto fué lo que aconteció en el presente caso.

TANTO
MONTA
FERNANDO
EL CATÓLICO
ISABEL
LA CATÓLICA
EL GRAN CAPITAN

El talento de los monarcas don Fernando y doña Isabel, y la buena intención que les era característica, dió a ese asunto, que parecía un conflicto, la más sana y recta de las soluciones, conviniendo en que la alegórica inscripción, comprensible para todos, de *tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando,* diese a entender a cuantos se fijasen en ella que entre los reales esposos no cabía existiesen diferencias de criterio ni atisbos de deseos singulares en la soberanía y gobernación del Estado, sino que ambos gozaban de los mismos derechos y prerrogativas y que tanto era rey don Fernando como reina era doña Isabel.

¡Hermosa manera de aplastar la maledicencia y las suspicacias!

A semejanza de este problema se resolvieron desde aquella hora entre los dos monarcas admirables, todas las cuestiones que afectaron al interés y a la vida social y política de la, desde entonces floreciente, monarquía española.

CAPITULO VII

GEOGRÁFICAMENTE hablando, sabemos que la invasión muslímica empezó por la parte Sur de nuestra península, a orillas del río Guadalete, como ya dejamos convenientemente asentado en otro lugar de este estudio.

El turbión sarraceno, fué tan desbordante, que anegó de estupor los corazones de los buenos hijos de la Cruz que aún quedaban en nuestra patria, y que no eran pocos, en honor de la verdad histórica.

Por eso el noble aristócrata Pelayo no dudó un instante, al concebir el patrió-

tico pensamiento de la liberación de nuestra patria. Hazaña ésta de consecuencias incalculables; momento histórico que nunca será bien celebrado aunque se haya grabado en mármoles y en bronces.

El insigne astur fué el que, desde la cumbre de los riscos de su país, lanzó con formidable y titánico ímpetu, la primera piedra, que cayendo en remolino vertiginoso y aumentando a cada instante su rápida velocidad, había de herir con golpe certero el edificio, que empezaban a construir, en nuestro suelo, los hijos del Africa, que habían venido a humillarnos, pretendiendo en su furia salvaje llamar a España para siempre *sarracena.*

No queremos pasar sin manifestarlo con entera imparcialidad. La patria española tendrá siempre una deuda sagrada de justicia y gratitud, hacia esa figura que se alza sobre un pedestal rodeado de los esplendores soberanos

de la gloria más pura y más legítima, al principio de nuestra Reconquista.

Según parece deducirse de lo que nos dicen los historiadores y cronistas de aquella época, debió ser bastante rápida la invasión de los enemigos de la Fe cristiana. No es aventurado, por lo tanto, suponer, que en breve espacio de tiempo, los musulmanes se incautasen de nuestra península, haciéndola suya, en casi su totalidad, de Norte a Sur y de Este a Oeste, sin que encontrasen, en ninguno de los sitios por donde cruzaron, una tenaz y calculada resistencia. Hallábase tan decaído el espíritu de los españoles, que al parecer, se contentaban entonces con lamentar la derrota del Guadalete, sin pensar siquiera en rehabilitarse de aquella afrenta.

Pelayo, alzando el grito de rebelión, noble y justo, contra los invasores, debió decir a sus compatriotas: «Vuestra religión y vuestro hogar están comprometidos; teneis la obligación de lu-

char por su rescate». Y la voz de aquel caudillo fué oída, y a la lucha se aprestaron en pos de él todos los que sentían vergüenza de llamarse esclavos en el mismo suelo que los vió nacer.

Así empezó la nueva nacionalidad española, y sólo dando a este hecho toda la importancia que merece, es como se explica el desenvolvimiento de los reinos cristianos dentro de nuestra patria, subyugada de hecho por los Arabes. No extrañará, pues, a nadie todo cuanto hicieron los héroes que pelearon en favor de nuestra Reconquista, desde el año 718 en que empezó con la batalla de Covadonga y acabó con la toma de Granada en 1492.

Todas las hazañas guerreras que hemos referido en este mismo estudio, están realizadas dentro de ese cuadro sorprendente y hermoso, que no podemos dejar de admirar, y cuyo remate parecía haber encomendado la Providencia a los Reyes Católicos. Estos

insignes monarcas, sin duda, eran los encargados de evocar de la tumba la efigie del Duque de Cantabria, para decirle: «Nosotros hemos finalizado tu pensamiento, puedes volverte tranquilo a tu sepulcro». Nada debe extrañar, por tanto, que D. Fernando V, de Aragón, y D.ª Isabel primera, de Castilla, apelen a todos los medios, lícitos se entiende, para finalizar dicha obra, que reclamaba de consuno el amor a la Religión y el honor patrio, hasta entonces mancillados. Y ya se comprenderá claramente cómo los Reyes Católicos, cual medida previsora y de buen gobierno, incorporaron a la corona que ceñían todos los maestrazgos y señoríos y conminaron á los magnates con penas bien merecidas, si cuando ellos reclamasen su auxilio se atrevían a negárselo. Desde entonces, en adelante, ya no sonarán los nombres de Navarra, Castilla, Aragón, Cataluña y otros reinos ó estados, cuantos eran aquellos en que estaba fraccio-

nada la península, sino que todos formarán un solo núcleo y una sola nacionalidad.

«¡Unidad religiosa y unidad nacional!», exclamaron los Reyes, y ésta fué la obra que se propusieron realizar.

Así como la palabra del Mesías haciéndose oir en un apartado rincón de la Galilea y salvando el torbellino de los siglos, ha sido, es y será mientras exista el Orbe, el aura inmortal de vida de las sociedades pretéritas, presentes y futuras, de la misma manera la expresión mágica de Religión y Patria hace recordar un mundo de glorias y grandezas.

¡Religión y Patria! ¡Ideal sublime! Grito levantado, magnífico y sonoro, que en el transcurso de los tiempos dió orígen y coronamiento a empresas gigantescas.

Movido por este acento, el brazo férreo de Constantino pulverizó las huestes de Magencio; enardecidas por el fuego de ese lema divino, las almas de Fer-

nando e Isabel llevaron sus falanges cristianas a la vista de la oriental Granada, que abrió sus brazos a la insignia sagrada de la Cruz y, más tarde, el Austria alejó valiente de ante sus murallas históricas las hordas salvajes de la Turquía.

Ese grito, en fin, de Religión y Patria, fué como sol sin ocaso que, naciendo un día en las crestas de las montañas de Asturias, llegó a iluminar con brillantes esplendores la Península Ibérica, para formar de toda ella una hostia y ofrendarla íntegra al Dios de los Ejércitos y de las batallas.

Fernando III, el Santo, había dejado la Reconquista a las puertas de Granada, y allí fueron a terminarla los Reyes Católicos.

Viendo los moros granadinos de qué modo los Reyes Católicos se acercaban a sus dominios, después de haberles exigido el pago del tributo, que se habían comprometido a satisfacer en el reinado de su antecesor Fernando III, el San-

to, pensaron en la posibilidad de que los monarcas castellanos vinieran a pedirles con la fuerza de las armas lo que voluntariamente no querían cumplir. Y ellos cuando se convencieron realmente de que esto era así, el cimiento del dominio sarraceno, que ya solo estaba representado en el exiguo reino de Granada, empezó a bambolearse, desmoronándose por completo ante la guerra que, durante doce años, sostuvieron los reyes cristianos y viniendo al suelo por fin en el memorable dia 2 de enero de 1492, en que el pendón de Castilla tremoló orgulloso en las torres de la Alhambra, con asombro de los muslimes, que jamás creyeron que este momento hubiera de llegar.

En este instante, había concluído el régimen sarraceno en la península española, y el Imperio Bereber, que dominó en nuestro suelo cerca de ocho siglos, cedía su puesto al Imperio de la Cruz. Covadonga y Granada acaba-

ban de unirse en un estrecho abrazo.

Los árabes, después de casi ochocientos años, rota su bandera, que por tanto tiempo había ondeado triunfante en la patria de Recaredo, humillado su orgullo y abatido su encono a nuestra raza y a nuestra religión, repasaban el Estrecho en dirección a sus primitivos hogares en el Africa; y al penetrar en aquel suelo abrasado, hubieron de decir asus compatriotas: «Del desierto, salimos y al desierto volvemos, y Alá para nuestro mayor tormento, nos ha dejado la vista para poder fijarnos bien en nuestra inmensa desgracia».

Cuéntase, que un Monarca de la antigüedad, envió a luchar más de un millón de sus guerreros contra otro soberano extranjero. La fortuna no le fué propicia y la fatalidad le sirvió de compañera, puesto que fueron vencidos aquellos soldados en memorable combate. Y el Monarca vencedor mostróse tan inhumano, que hizo retornar a su

país a las huestes vencidas, pero mandando antes sacar los ojos a cuantos componían aquel ejército desgraciado, para que no tuvieran, en medio de su dolor, ojos con que contemplar su inmensa desdicha. Hecho que sumió en la más profunda de las penas, y arrebató la vida al Monarca, cuyos súbditos sufrieron tan horrenda mutilación.

Los Monarcas Católicos se mostraron más humanos, sin duda haciendo honor a sus creencias, y respetando los dereches de la dignidad humana. No abusaron de la grandeza de su triunfo; se contentaron con enseñar a los hijos de la Media Luna de lo que son capaces los hijos de España cuando se deciden a luchar con denuedo por la Religión y por la Patria.

CAPITULO VIII

Una de las cosas en que mejor suele ponerse de manifiesto el talento de los reyes, es, a no dudarlo, en la elección de las personas de que deben rodearse. Y en este sentido, haciendo a los Reyes Católicos el honor y la justicia que se merecen, hay que recabar para ellos el aplauso general que se conquistaron por el tacto exquisito demostrado toda su vida al escoger con prudencia y sagacidad sumas, los personajes de su reino que más adecuadamente hubieran de utilizar en el logro de sus empresas.

Sabido es el principio de que la consecución de los fines está de ordinario en razón directa con los medios que se escogitan para realizarlos.

Y en tal concepto, D. Fernando y D.ª Isabel no hay duda que manifestaron un gran talento que debemos, sin regateos, reconocer.

Entre las personas conque desde el principio de su reinado contaron como auxiliares suyos, ocupa un puesto preeminente, el ilustre soldado D. Gonzalo Fernández de Córdoba. Muy joven aún, fué llamado de su tierra natal cuando ardía en Castilla la guerra de sucesión a la corona de dicho pueblo, para que se pusiera del lado de los Monarcas castellanos. Gonzalo de Córdoba no dudó un momento en aceptar tan honrosa invitación, y se colocó de parte de la legitimidad de la reina D.ª Isabel I, puesta en tela de juicio.

Terminada esta cuestión, como sabemos, con el éxito más lisonjero para

D.ª Isabel, acompañó a los monarcas hasta la Vega granadina, para poner sitio al último baluarte de los moros en España.

Ante los muros de la ciudad, como la llaman los árabes, «Paraíso del Profeta», derrochó los tesoros de valor y caballerosidad que encerraba su alma, templada en el crisol de los espíritus elevados. Y con los Reyes Católicos penetró en la ciudad del Darro y del Genil, para con ellos disfrutar de las delicias del triunfo apetecido, que representaba el poder de la Cruz contra la raza de Agar. Gonzalo de Córdoba pudo llamarse el brazo de acero de aquellos monarcas insignes, de cuyos lauros y nimbos tanto debía participar en su vida marcial y guerrera.

Terminada felizmente la Reconquista de la patria española, Gonzalo de Córdoba se aleja de España enviado por sus reyes a pacificar el reino de Nápoles. Allí da de nuevo muestras de valor sin

límites, admirado por propios y extraños; allí, repetimos, ciñó su frente con los más hermosos laureles que la gloria prepara para sus hijos predilectos; y finalmente, como si algo faltase a su elogio, allí, en Nápoles, fué donde obtuvo el dictado de Gran Capitán con que se le conoce en las páginas de la historia del mundo.

Vuelto a su patria, sus reyes le encomiendan la pacificación de los moriscos en la Alpujarra, y obteniendo un triunfo señalado sobre ellos, marcha de nuevo a Italia para preparar la total conquista del reino de Nápoles, que incorpora a la corona de España.

Ya antes, libra a la Ciudad Eterna del azote de los piratas que merodeaban en el puerto de Ostia, llenando de consternación el ánimo de Alejandro VI, que ocupaba la silla de San Pedro por aquel tiempo. Colmado de bendiciones por el representante de Cristo en la tierra, regresa a su patria cargado de lauros y

triunfos en número tal que su recuento seria prolijo enumerar. Jamás un soldado pudo creer que la fortuna le siguiera de tal manera, que a su paso la victoria se arrodillara a sus plantas para ofrecerle sus respetos y homenajes.

Gonzalo de Córdoba, pudo decirse que fué el principal instrumento de que se valieron los Reyes Católicos para la consecución de la victoria insigne que representa la terminación de la Reconquista española.

El cuadro de ésta pareceríanos seguramente incompleto, si en él no brillase en primer término y como figura que más se destaca entre todas, después de la de los Monarcas, sus Señores, la personalidad de D. Gonzalo Fernández de Córdoba, acreedor sin disputa a los elogios de la posteridad en la patria española. Pudo ser rey y no quiso; tuvo la ocasión de ceñir una corona y tener súbditos a quienes mandar y se contentó con ser vasallo. ¡Pocos en su caso hubie-

ran hecho lo mismo! Mientras el eco marcial de los ejércitos anime el corazón de los hijos de España, éstos deberán descubrirse siempre al oir pronunciar el nombre, por tantos títulos ilustre, del GRAN CAPITÁN D. GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA.

ROMANCERO DEL GRAN CAPITAN

PRIMERA PARTE

ROMANCE I

Lugar del nacimiento de Don Gonzalo Fernández de Córdoba, en Montilla, año 1453.

SALVE, hermosa Andalucía!,
de la vida fresco edén,
en el que el sol esplendente
habita con placidez.
Tierra de encantos sin número,
valioso y sin par joyel
a quien el Eterno quiso
espléndido enriquecer.
En ti, tierra bendecida,
se dan flores cien y cien
que, no hay duda, te asemejan
a una mansión de placer.
El Artífice Supremo,
que hizo las cosas tan bien,

te regaló con largueza,
cuanto de hermoso creó El.
Vides riquísimas puso
en Sanlúcar y en Jerez,
en Málaga limoneros,
preciado aceite en Jaén.
Blancas salinas en Cádiz,
con carbones en Espiel,
y en Almería, Huelva y Córdoba
cereales a granel.
Granada, tiene por cúspide
nieves en su Muley-Hacen,
y una Alhambra misteriosa
donde vivió Aben-Hamet.
¡Oh, Andalucía, odalisca,
que recostada en tu harén,
esperas que te alcen trovas
en su laúd las almés!
Eres ninfa aérea y glacil,
que lavas tu ebúrneo pie,
en las transparentes ondas
de la mar, que es tu escabel.
De la mar donde te miras,
como en un espejo fiel.
pues la mar te entona un himno,
cada día al amanecer.
Andalucía es una virgen
que amantes tiene doquier,

¡dichosos los que la quieren
y su rostro van a ver!
Es Andalucía náyade
y ninfa por su esbeltez
y de la hispánica raza
el florón y orgullo es.
Su feracidad sin límites,
¿quién supera o iguala? ¿quién?
los colores de su cielo,
¿los dibujó algún pincel?
Aun en el Africa inculta,
de los hijos de Ismael,
ella es recuerdo glorioso
en que sueña el Bereber.
En ti, rica Andalucía,
vivir es dicha sin hiel,
porque en ti la vida sabe
a perfumes de vergel.
En ti los días son breves,
y el borrascoso vaivén
de la existencia menguada
menos duro suele ser.
En ti las noches son tibias,
cuando envuelta en su dosel
las tiñe la clara luna
con su pura nitidez.
¡Salve, Andalucía, salve!
y que el Hacedor me dé

poder ensalzarte siempre,
como lo anhelo yo hacer.
Tus hijos, ¡oh Andalucía!
aunque tienen altivez,
llevan grabado en sus rostros
el franco desinterés.
¡Salve, mora de los siglos,
que vistiendo rico fez
las historias nos evocas
de los árabes de ayer!
Poetas mil te cantaron
y ceñidos de laurel,
enaltecieron tu nombre
con entusiástica fe.
Porque al verte, embelesados,
sintieron todo su ser
impregnado en los hechizos
que vieron de ti emerger.
¡Salve, luz de los primores,
tuyo mi aliento ha de ser
y los ecos de mi lira
mientras en el mundo esté!
Andalucía, es tu suelo
asiento de la hidalguez,
y como remate, ostentas
la gracia, que es tu pavés.
Que la Parca cuando llegue
mi frágil vida a romper,

me halle invocándote amante
en mi hora postrimer.
Y tú, Córdoba, ¡oh, sultana!
loor mereces, ¿por qué?
porque Montilla, la cuna
de un guerrero ilustre fué.
¡Córdoba! tú diste atletas
en los ramos del saber,
y en tu región Don Gonzalo
nació, que es de España prez.
¡Córdoba, gloria a tu nombre!
de los siglos a través
los nimbos de ese soldado
por siempre orlarán tu sien.

ROMANCE II

Juventud de Gonzalo de Córdoba

A la pubertad apenas
nuestro héroe hubo llegado,
cuando en el mundo quedóse
sin sus padres Don Gonzalo.
Su hermano Alonso tenía
por herencia el mayorazgo,
yendo a él todos los bienes
en su casa acumulados.
Eran de familia ilustre
y de abolengo preclaro,
pues los Enriquez en Córdoba
fueron muy considerados.
Su hermano mayor le puso
como preceptor o ayo,

a un prudente caballero
que era Don Diego de Cárcamo.
Varón de excelentes prendas,
circunspecto como sabio,
y por si algo le faltara
era también muy honrado.
Dotes todas tan preciadas
en él, eran algo innato,
pues educar a los grandes
es un difícil encargo.
Es obra de gran prudencia
porque si se abre la mano,
pueden cometerse errores
que no es fácil subsanarlos.
Pero el alumno era bueno,
de constitución muy sano,
de rostro dulce y afable,
y en la figura, gallardo.
Aprendió desde muy niño
a ser recto sin ser fatuo;
majestuoso en sus modales,
de carácter noble y franco.
Los ejercicios ecuestres
constituían su encanto,
en los que al día, pasaba
con delicia varios ratos.
Cuando marchaba jinete
en un potro jerezano,

causaba envidia a la gente
que deteníase a mirarlo.
La juventud cordobesa
en verdad le amaba tanto,
que en ella se distinguía
como en el cielo los astros.
Sus amigos le adoraban,
cuando estaban a su lado
y era objeto del cariño
de los jóvenes y ancianos.
Cuidaba de él con esmero
de padre tierno, su hermano
Don Alonso, y por él hizo
cuanto exigía su rango.
Y Don Gonzalo crecía
en prudencia como en años,
tanto que a veces decíale
su preceptor ufanado:
«Yo presiento, caro alumno,
que el tiempo no pasa en vano
y que el cielo, con su gracia
mis esfuerzos ha ayudado.
Gran porvenir os espera,
que es el premio reservado
a los jóvenes ilustres
y de pechos esforzados.
Los blasones y los timbres
de vuestra casa heredados,

son la estela que os señala
que debéis mirar muy alto.
Las águilas se remontan
del cielo por los espacios,
pues aspirad a ser águila,
al ir la vida cruzando.
Que vuestras acciones sean
un espejo terso y claro,
y mereceréis de todos
el universal aplauso.
Cuando recorráis la tierra,
que es un revuelto marasmo,
la prudencia os acompañe
y os sirva siempre de faro.
Y procurad que los otros
nunca hablen de vos en vano,
obrar debéis de tal suerte
que admiréis doquiera obrando.
Que el que nació en noble cuna
hállase más obligado
a portarse en este mundo
con procederes hidalgos.
La ordinariez y bajeza
es herencia del que es zafio,
nobleza de acciones pide
nacer en hogar de fausto.
Nunca en vilezas mezcléis
vuestro nombre, que eso es bajo,

y jamás los caballeros
deben de dar ciertos pasos.
Haced el bien que podáis,
porque eso a Dios siempre es grato;
al que hace el bien, el Eterno
le tiene en cuenta esos actos.
La fe de vuestros mayores
guardad como un relicario,
y no olvidéis esta máxima:
¡quien no cree es un mentecato!
Po la fè allá en Covadonga
luchó el heroico Pelayo,
y han luchado tantos otros
príncipes, reyes, vasallos.
¡Enardeced vuestro espíritu
de la fe en el entusiasmo,
del valor y la grandeza
ceñid el escudo áureo!
Noble alumno, leed los hechos
de héroes, que, aunque ya pasaron,
senda sembrada de antorchas
por suerte nos han dejado.
La Historia con letras de oro
su nombre estará ensalzando,
mientras en España arda
del valor el fuego sacro.
¡Amad, amad esa gloria!
gloria que no tiene ocaso,

porque viva la mantiene
el heroico pueblo hispano.
Enardeced vuestra alma,
sin jamás cejar un palmo,
hasta lograr que en el mundo
la gloria os abra sus brazos.
Fabricad en vuestro pecho
al honor un tabernáculo,
y en él, férvido y sincero
rendidle culto a diario.
¡El honor! palabra hermosa,
nombre a cuyo acento mágico
se yerguen los corazones
serenos y denodados.
El honor es dulce nombre,
joya es de precio muy raro,
el que conoce su mérito
la guarda con gran cuidado.
Para vos el honor sea
después de Dios lo más santo,
que es el honor un tesoro
para el que sabe apreciarlo.
Quien tiene honor y le pierde,
mejor le fuera al menguado
que le tragasen las ondas
furiosas del oceano.
Aquel que sin honor vive,
es de los demás escándalo,

ludibrio de sus iguales
y de sí mismo el escarnio.
¡Consentid perderlo todo
antes que el honor sagrado!
¿Para qué querrá la vida
quien del honor se halla falto?
El respeto y el cariño
así me mueven a hablaros,
perdonad por lo que encierran
las palabras de este anciano.
Los conceptos de este hombre,
que hasta ahora se ha esmerado
en lo que alcanzan sus fuerzas,
a encaminar vuestros pasos.
En la casa que morais
pasé mis primeros años,
sirviendo constantemente
a los que el ser os han dado.
Mirarlos debéis atento,
en sus efigies fijaos,
desde la mansión eterna
nos estarán contemplando...
¡Alumno mío! ¿Qué queréis?
¡Dispensad que anuble el llanto
las pupilas ya gastadas
de este viejo, recordándolos!
Su memoria, en esta casa
aún me hace estar habitando

cumplo una oferta sagrada
que les hice... Oidme un tanto.
Poco antes que los ojos,
al mundo cerraran ambos,
llamándome a su presencia
de aqueste modo me hablaron:
«Diego, parece que el cielo
nos llama: no nos quejamos,
pues los mortales debemos
acatar siempre sus fallos.
Pero al dejar esta vida
sumisos y resignados,
en ti, servidor modelo,
hemos, oh Diego, pensado.
Nuestro hijo mayor Alonso,
cual ves está ya criado
y sabrá llevar la casa
si es que nosotros faltamos.
Pero el pequeño, buen Diego,
hasta hoy es tierno árbol
y el riego de los consejos
necesita, tú pues dáselos.
Sé, si morimos, su guía,
que siendo niño está claro,
que tú sabrás conservarle
la educación que ha mamado.
Con cuánto anhelo comprende
que en este asunto te hablamos»;

dejad que no continúe...
os estaré haciendo daño.
¡Por mí, no! pero por ellos
que murieron, bien portaos,
y os bendecirán, sin duda,
desde el cielo alborozados.
Que el eco de vuestra gloria
sea el mejor holocausto,
que suba hasta donde moran,
más allá de los espacios.»
Así el de Cárcamo hablóle
y de su escabel alzado,
Don Gonzalo le replica
sus palabras bien marcando:
«Os escuché agradecido,
¡oh Don Diego! ¿A qué negarlo?
Nada puedo ofrecer hoy,
pero anhelo ser soldado.
Si la fortuna me ayuda,
venid, a oirlo a mis brazos,
sabrá el mundo lo que puede
de los Enriquez un vástago.

ROMANCE III

Muerte de Enrique IV el Impotente y guerra de sucesión a la corona de Castilla.

MUERTO Enrique el Impotente,
en el reino de Castilla,
revueltas encarnizadas
surgieron y amargos días.
La situación económica
era una profunda herida
por la que manaba sangre
a raudales, fratricida.
Aun viviendo el propio Rey,
el malestar que cundía,
llegó a ser insostenible
y enfermedad que asesina.
Siguiendo de historiadores
de aquellos tiempos, la crítica,

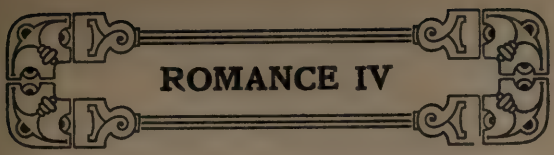
de este modo cavernoso
aquella época pintan.
«Los tributos mal pagados,
por dejadez o impericia,
en las arcas del tesoro
huella tremebunda hacían.
Y el hambre, desencajada,
en los pueblos se cernía
haciendo presa en las gentes
a todas horas, fatídica.
Los nobles, mal avenidos,
el obedecer rehuían
a los mandatos del Rey,
blanco de muchas perfidias.
Que es la condición humana
tan proterva y atrevida,
qne se aprovecha de todo
para así obrar con malicia.
El Rey era débil, era,
más bien, un alma sencilla,
rehén siempre de los grandes
y de los malvados víctima.
Y ¿qué fruto daba esto?
Pues que los magnates iban
por lado opuesto que el pueblo
que es el que al cabo sufría.
La majestad del Monarca
era, bien claro, hecha trizas

y el respeto al Soberano
era baldón de ignominia.
Y ¡ay de los pueblos que pierden
el respeto al que los guía
y a su Jefe sin reparo
más bien que acatar, mancillan!...
Fomentóse el descontento,
formáronse banderías
y fué el reino todo un caos
y sin timonel barquilla.
En esto, la Providencia,
que todo lo observa y mira,
del desdichado Monarca
puso término a los días.
¡Qué infeliz es el que cree
que Dios del mundo no cuida
y que, innoble, le abandona
y se complace en sus cuitas!
¡No! El Eterno es bello faro
y de las naciones guía,
que les enseña la senda
por do El anhela que sigan.
No importa que el Rey Enrique
haya muerto sin legítima
sucesión, y que se alcen
partidos que se aniquilan.
Dios sabe lo que se hace
y, tras pérfidas rencillas,

nos mandó a Isabel primera
tan excelsa como digna.
Algunos magnates, ébrios
de cólera mal tenida,
a su elevación oponen
mil cábalas e injusticias
y, a la Beltraneja, aclaman
con parcialidad ridícula
no oyendo, que su conciencia,
tal obrar les recrimina.
La augusta Isabel reune
partidarios que la animan
y se disponen, por ella,
a dar gustosos la vida.
Y, llevados de entusiasmo,
ofrécenla, con porfía,
lo que ellos pueden y valen
en oferta muy sentida.
¡Señora!, la dicen todos,
a vuestro lado, sumisas,
tenéis la fuerza que suman
nuestras almas aguerridas.
Queremos luchar unánimes
por vuestra causa y, es íntima
la convicción que tenemos
de que Dios la patrocina.
Oiga el cielo nuestros votos
y nos cubra con su egida

para que en la lid venzamos,
en la lid que se aproxima.
Creemos que el Dios supremo,
que siempre el bien auxilia,
nos concederá del triunfo
la corona apetecida.
Defender vuestros derechos
es defender la Justicia,
dando a la virtud el puesto
que el buen criterio le asigna.
Al obrar así, fiamos
en que tendréis energías
para dar a vuestros pueblos
horas de paz y de dicha.
Vuestro corazón magnánimo
acoja ahora, benigna,
el juramento que hacemos
de seguiros, Reina ínclita.
Y ninguno de nosotros
volverá la faz esquiva
mientras en la lucha hallemos
mentecatos que os denigran.
Vuestra virtud es el numen
de nuestra hermosa divisa.
Que ella amable nos conforte
y que *¡Adelante!* nos diga.
Por vuestro nombre, Señora,
ya gozosos a la liza

iremos con entusiasmo
sin ceder a las fatigas.
Así, magnates innúmeros,
ante Isabel acudían
testimoniándole, afables,
sus respetos e hidalguías.
Porque fué Isabel primera
la figura más eximia
que en aquella aciaga época
brilló con luz peregrina.
Entre la falange ilustre
que juró siempre seguirla,
un soldado celebérrimo
figuró en primera línea.
No es posible que faltara
en esa gloriosa lista
de Don Gonzalo de Córdoba
el nombre, ¿quién lo creería?



ROMANCE IV

Don Gonzalo de Córdoba en la batalla de Albuera

La reina Isabel primera,
poco ha jurada en Segovia,
llama a servir a su lado
al Gran Gonzalo de Córdoba.
Esta invitación augusta
que tanto a nuestro héroe honra,
al punto es obedecida
sin réplica ni demora.
Sabía la noble dama
con prudencia previsora,
tomar para su servicio
las más egregias personas.
Y entendiendo que Gonzalo,
de nobleza bien notoria,
se inclinaba a su partido,
llamóle a sí presurosa.

Y en efecto, nuestro héroe
requisó a su gente toda,
y sin pérdida de tiempo
a seguirle, él invitóla.
El intrépido mancebo.
llevaba alientos de sobra,
que al que es valiente de suyo
su valentía le abona.
Lleva alientos porque cree
que es Isabel la Católica
la que a Castilla conviene
como su reina y señora.
Y lleva además estímulo
porque ama mucho la gloria
y va a pedir a sus páginas
para su nombre una glosa.
Dejad al rayo que hienda
la extensa y brillante atmósfera,
y no os opongáis osados
en su carrera fosfórica.
Porque si lo hacéis, sabedlo,
su llama desvastadora
os herirá sin remedio
entre mortales congojas.
Dejad que el águila cruce
del cielo azul por la bóveda,
¿quién sabe hacia do camina
tan gallarda como hermosa?

No excitéis su acometida
ni su rapidez sonora
tengais en poco, pues ella
grandes distancias aborda.
Y cuando burlar creáis
su fuerza certera, pronta,
cayendo sobre vosotros
con furia, veréis cual obra.
¡Paso al insigne Gonzalo,
que marcha tras de la gloria
que parece convidarle
con voz dulce que enamora!
Voz que escuchando el caudillo,
se va tras ella y se arroja,
donde le empuja la suerte
que le llama a todas horas.
¡Y allá va! Da gozo el verle
la juventud que le adorna,
es blanco de las miradas
que ávidas a él se tornan.
reparando en su figura,
creed, y esto no es lisonja,
a Aquiles se parecía
ante los muros de Troya.
¡Paso al Cordobés guerrero!
cuya alma ardiente y heroica
ha parecido sacada
de una ciclópea retorta.

Junto a Albuera se han juntado
y se baten muchas tropas,
por la Beltraneja unas,
por Doña Isabel las otras.
Es Don Alonso de Cárdenas
quien manda las españolas,
y Don Gonzalo a su lado
le asiste, ayuda y escolta.
En esa jornada, en esa,
Gonzalo tan bien se porta,
que el de Cárdenas le dice:
«sois de mis soldados honra.»
En efecto, el joven prócer
con actividad que asombra
se multiplica y avanza
y en su corcel tal galopa,
que en las filas enemigas
se le ve como una sombra
que acorrala a los que huían
de su certera derrota.
Aquí su tajante acero
cabezas sin cuento corta,
allí acuchilla a los otros
con su afilada tizona.
Las aguas del río Albuera
la sangre las hizo rojas:
¡fué tremendo aquel combate,
según refieren las crónicas!

ROMANCE V

Gonzalo de Córdoba es nombrado por los Reyes Católicos Gobernador de Alora (Málaga).

Todo cedía su puesto
a las falanjes hispanas
y ya el poderío árabe
desfallecido se hallaba.
Desde aquel instante crítico
de la sorpresa de Zahara,
con empeño decidido
en desquitarse pensaban.
Y en efecto, lo lograron
con la conquista de Alhama.
Porque allí Boabdil inquieto,
sufrió decepción amarga
viendo a sus huestes deshechas
en luctuosa retirada.

Por méritos adquiridos,
que eran como su guirnalda,
fué nombrado Don Gonzalo
por Gobernador de Alora.
En esta risueña villa
de un castillo coronada,
nuestro héroe de un gran jefe
dió pruebas grandes y claras.
A cuantas gentes había
en la villa renombrada,
a ejercicios militares
Gonzalo los dedicaba.
Y al frente de ellos poniéndose,
ardoroso y entusiasta,
de este modo con frecuencia
intrépido les hablaba:
«Estamos en una época
para nuestra patria, aciaga;
la orgullosa Media Luna
aún en nuestro suelo manda.
Y sufrimos el bochorno
y la vergüenza menguada,
de ver que un dominio extraño
todavía alienta en España.
Tal situación nos afrenta
y llena de angustia el alma
de tal suerte, que la vida
al pensarlo se hace ingrata.

La Religión, que es un lazo
que une a los pueblos y razas,
no es la misma en nuestro suelo
para los que en él se hallan.
El Agareno que vino
de los desiertos del Africa,
otro culto ante nosotros
da al Señor cuando le alaba.
Y su moral, sus costumbres
y todas en fin sus prácticas,
son látigo que nos hiere
a cada paso en la cara.
Pensad, hijos de esta villa,
lo que esto dice y declara,
pensad que ha llegado el día
de salir de esta desgracia.
Vendrán horas, lo presiento,
de probar vuestra arrogancia,
y apreciar lo que valéis
moradores de esta plaza.
Si ese instante se presenta,
el Gobernador que os habla
irá al frente de vosotros,
será el primero en la marcha.
Entonces, así lo espero
de vuestro valor sin tacha,
que peleéis denodados
por el honor de la patria.

¡Sed valientes, que al valiente
su propio valor le salva!
¿Qué esperarán los cobardes
que se diga de ellos? ¡Nada!
Aquel que es cobarde, él mismo
su deshonor propio labra,
y de la patria en que vive
es deshonra bien marcada.
¡Sed valientes, nobles hijos
de esta villa renombrada,
poned su nombre muy alto
con vuestro denuedo honrándola!
Así de vuestros mayores
que ahora en la tumba descansan,
mereceréis el aplauso
que desde otra vida os mandan.
Y yo, creed, contemplando
vuestra conducta abnegada,
sabré daros recompensa
de sobra proporcionada.
¿Qué más hermoso, decidme,
que la gloria, que es la ráfaga,
que adorna hermosa las frentes
en los campos de batalla?
Y si es que algo todavía
para creerme os faltara,
meditad que la pelea
es tambien por otra causa.

Vuestros Reyes poderosos,
vuestros ínclitos Monarcas,
en vuestro brazo confían
al emprender sus jornadas.
¡Por ellos, hijos, por ellos,
que ya abrigan la esperanza
de que la Cruz Santa ondee
en toda la tierra hispánica!
¡No olvidéis que os lo suplica
vuestro jefe, y mis palabras
que os hagáis dignos desean
de muchos lauros y palmas!»
El efecto del discurso
tan sobrio como entusiasta.
fué decidirlos a todos
para empresas no lejanas.
Y aquellos modestos héroes,
según refiere la fama,
dieron muestras de sus bríos
doquier mostrarlo hizo falta.
Y lo mostraron de cierto
en la conquista de Baza,
en el asalto de Loja
y al ir a tomar a Málaga.
A través de las edades
y del tiempo a la distancia,
mil bendiciones merecen
y que el mundo los aplauda,

porque fué grande el empuje
de los *valientes de Alora*
adiestrados por Gonzalo
en el arte de las armas.

ROMANCE VI

Asalto de la ciudad de Loja, defendida por Boabdil, en 1490. El rey moro entrega la ciudad por mediación de Gonzalo de Córdoba.

Como atalaya soberbia
de la vega granadina,
se encuentra asentada Loja
bien situada y defendida.
Sabe Boabdil, que esa joya,
los cristianos la codician
para sus planes de guerra
y que a asediarla se inclinan.
De estos planes percatado,
a asamblea de grandes cita
y, en la Alhambra memorable,
tiene a su corte reunida.
Y, entre ellos colocado,
¡Alá-Hu-Akbar!, heróico grita:
¡Generales de Granada,
oidme!: Es hora aflictiva.

Los cristianos, cual sabéis,
adelantan cada día
arrollando con denuedo
nuestras falanges muslímicas.
¿Será que el Profeta Santo
nuestros pendones no guía
y ya aparte de nosotros
su protección infinita?
¿Será que hayamos perdido
nuestra fortaleza antigua
y, en la molicie sumidos,
nuestros esfuerzos expiran?
¿No somos hijos del Africa,
nuestra patria bendecida,
cuyo fuego, ella amorosa,
a sus hijos comunica?
Las palmeras del desierto
llorarán de pena heridas
al contemplar nuestra inercia
que a mil desastres inclina.
¡Generales, recordadlo!
Alá os llama con voz íntima,
¡sentid muy dentro del alma
con fe y pujanza aguerrida!
Ya los Monarcas cristianos
a Granada se aproximan,
quieren tomaros a Loja,
según hoy me comunican.

Yo, oid, iré a defenderla
y tendré tenaz porfía
en demostrar al cristiano
cual vendo cara mi vida.
¡Cuantos sintáis en el pecho
dignidad, seguid mis filas
y, en Loja, unidos muramos
si hasta esa hazaña es precisa!...
Y salió Boabdil valiente,
de su Granada querida
y, a Loja, guió sus pasos
con sus huestes bien nutridas.
Los cristianos, por su parte,
hacia Loja también guían
y empieza el asedio horrible
de la ciudad en seguida.
Prodigios de valor raros,
unos y otros hacían,
corriendo a arroyos la sangre
por las laderas y cimas.
Boabdil, exclama: ¡Profeta,
ayuda a los que en tí fían!,
mientras el cristiano invoca
a la Virgen benditísima.
Al cabo los moros viendo
que era inútil la porfía,
dicen que quieren rendirse
pues sin fuerza se sentían.

Boabdil, al Rey Católico,
en un mensaje le afirma,
que es su deseo entregarse
con sus tropas reunidas
y que Gonzalo de Córdoba
sea el que con él decida
de la rendición aquella
las condiciones precisas.
Tales las cosas estando,
a nuestro Gonzalo invita
a que al castillo de Loja
suba y, así, se lo suplica.
El Rey Católico duda
y teme alguna perfidia
fraguada por los muslimes
en hora, para ellos, crítica.
Pero Gonzalo, animoso,
a conferenciar se brinda,
aun a trueque, muy probable,
de acaso perder la vida.
Mas al fin, nuestro caudillo,
solo, con Boabdil, platica
y Loja por los cristianos
quedó en aquella entrevista.
Si alguna aureola faltase
a las muchas que reunía,
bien puede ceñir Gonzalo
esta otra, la de Estadista.

ROMANCE VII

Gonzalo de Córdoba, enviado por los Reyes Católicos, restablece el orden en Granada, alterado por los manejos de Aben-Habú, el Zagal.

La capital de Granada,
el paraíso de Alá,
como la llaman los moros,
ardiendo en luchas está.
La causa de todo esto,
es que Aben-Habú el Zagal,
con sus pretensiones locas
la inquieta cada vez más.
El era de estirpe regia,
de Boabdil tío carnal,
y por eso insiste tanto
en sus deseos tenaz.
Derecho a llamarse rey
dice, que tiene demás,

y en Málaga y la Alpujarra
impone su autoridad.
Pero, no era esto solo,
es que pretendía echar
de su solio de Granada
al rey Boabdil además.
Y apoyado en los Zegríes,
que se ve a su lado están,
a cada paso disturbios
surgen en la capital.
Con esto el tráfico cesa
y paralizado está
el comercio, las industrias
y la vida es anormal.
Que no existe en esta vida
cosa más perjudicial,
que la guerra, que es trastorno
no fácil de calcular.
Y hasta tal grado las cosas
habían llegado ya,
que las gentes no podían
vivir en estado tal.
Con este gráve conflicto
Boabdil dispuesto a acabar,
de los Católicos Reyes
auxilio ha pedido ya.
Y de los nobles Monarcas
fué la augusta voluntad

a Don Gonzalo de Córdoba
hasta Granada enviar.
Gonzalo, que lo esperaba,
nada se hizo aguardar,
y a la corte de Granada
se encaminó sin tardar.
Llegando a la corte mora
al punto empezó a pensar
en restablecer el orden
dentro de la gran ciudad.
A ello entregóse al momento,
mas era punto en verdad,
poco menos que imposible
las ánimos concertar.
Y viendo que era difícil
tal obra de realizar,
pensó que distinto rumbo
preciso hacíase tomar.
Y poniéndose de acuerdo
con Boabdil, que era el Sultán,
díjole: «No hay otro medio
para conseguir la paz.
Vuestro tío, el revoltoso
que os pretende destronar,
debe salir al momento
de esta vuestra corte real.
Mientras que viva en Granada,
¿qué ha de hacer sino fraguar

revueltas que se encaminen
aquí la calma a turbar?
El enemigo, que cerca
de aquel a quien odia está,
el odiado con cautela
debe de huir y evitar.
Alejarle es lo que importa,
eso debeis meditar,
que si lejos lo teneis,
riesgos mil os ahorrará.
¡Boabdil! son los enemigos
una atmósfera letal,
de ellos libraros al punto
debéis, ¡oh rey! procurar.
No lo dudéis un instante,
vuestro deber principal
es despejar el camino
en que debéis operar.
Mientras en Granada haya
inquietudes que atajar,
ni un momento de sosiego
aquí tenéis que esperar.
¡Boabdil! que no quede inulta
esta revuelta, pensad
en procurarle el remedio
con mano dura y tenaz.
En esto, rey de Granada,
meditad vos, meditad,

si no la vida y el trono
os costaría quizá.
Al intruso, vuestro tío,
sin miramiento aplastad,
la hierba que es perniciosa,
¡Abdil! se debe extirpar.
Y Gonzalo puesto al frente
de aquella sana mitad
de granadinos valientes
y fuerzas que con él van,
logró en tiempo bien exiguo
a los rebeldes lanzar
de la ciudad de Nazarita
y a Boabdil así afirmar.
Agradecido el monarca
a Don Gonzalo, en su afán
de mostrarle su cariño,
le agasajó liberal.
Por las calles de Granada
del Rey morisco a la par,
el de Córdoba camina
mientras los moros le dan
mil parabienes y plácemes
protestándole amistad.
Y los generales árabes
le aplaudían sin cesar.
Corrieron los moros cañas
queriéndole festejar,

siendo a la sazón el ídolo
del contento popular.
En la Alhambra hubo banquetes
de grande fastuosidad,
todos al héroe perínclito
pretendían ver y hablar.
Y terminadas las fiestas,
Gonzalo, fiel y leal
al campamento cristiano
vuelve con celeridad.

ROMANCE VIII

El Gran Capitán y Hágima la Buñolera

Era Hágima una mora
de incomparable belleza
y que el oficio, en Granada,
ejerce de buñolera.
Vivía en la calle de Elvira,
según datos lo aseveran,
y de un árabe, hecho esclavo,
era amante, la agarena.
El Gran Capitán, que sabe
de ambos la historia completa,
hábil procuraba que eso
útil a sus planes fuera.
El moro, ya hecho cristiano,
allá en Santafé se encuentra

junto a los Reyes Católicos
que mucho afecto le muestran.
Y, aunque está lejos de Hágima,
porque reside en la Vega,
en la que es de sus amores
centro, a cada instante piensa.
La mora le corresponde
y, de su pasión secreta,
indicios tiene en su rostro
de que le hiere una pena.
La pena de hallarse ausente
del hombre aquel, en quien sueña,
cuyo recuerdo es vacío
que en su corazón se alberga.
Sabiendo que entre cristianos,
se halla aquel que quiere ella
le tiene al tanto de todo
lo que en Granada se observa,
y por fin es confidente
del gran Gonzalo, que entra
a cada paso en Granada
a tomar de Hágima nuevas.
Por esa morisca, el héroe,
supo que hubo una revuelta
en Granada y, que sus calles,
vieron una gran refriega.
La hermosa Hágima escribe
así, a su amante, resuelta:

«Mahomed: Ya tengo miedo
de estar en mi propia tierra;
disturbios, a cada hora,
la tranquilidad alteran.
Ayer, amor de mi vida,
fué la popular caterva,
de la Alhambra hasta el Palacio,
no en paz, sino en son de guerra.
La Alcaicería, temiendo,
medrosa cerró sus puertas
¿y la plaza de Bibrrambla?
no hay quien transite por ella.
Y los moros viendo esto
y la multitud, frenética,
pide pan, puesto que el hambre,
en los hogares se ceba.
Y en unos carteles grandes,
que los morabitos llevan,
se leen estas inscripciones
que los ánimos aterran:
Boabdil, padre de tu pueblo,
que los de tu raza vean
que, vigilante y asiduo,
por su salud te interesas.
La lucha con los cristianos
nos aniquila y bloquea
de tal modo, que ya vense
nuestros mercados sin venta.

Se halla encarecido todo,
tú si puedes, lo remedia,
porque, Boabdil, se ha agotado,
de sufrir, nuestra paciencia.
Moriremos, de seguro,
sumidos en la miseria
y, de lamentarnos tanto,
ni llanto siquier nos queda.
Alá, omnipotente y bueno,
nos mire con su clemencia
y, tú también, compadécete,
pues que a Alá tú representas.»
Llegada fué la misiva
estando, Isabel primera,
oyendo a sus capitanes
cuando Gonzalo se acerca,
y la dice en estos términos:
«Escuchad, Señora egregia,
si es que, de hacerlo, os dignáis,
cómo Granada se encuentra....»
Oyóle con gran silencio
la noble mujer y reina
y añadió: «Ver a esa Hágima
bien sabe Dios que quisiera.»
Esto escuchó Don Gonzalo
y salió como una flecha
y, de moro disfrazado,
en Granada se presenta.

Buscó a Hágima y hablóla
breves palabras secretas
y, en el arzón de su potro,
colocóla con presteza.
Y al momento, y sin descanso
y con rápida carrera,
ante Isabel la Católica
él y Hágima se muestran.

ROMANCE IX

La Reina Isabel la Católica y el Laurel de los siete siglos en la Zubia.

¡Cuán magnífica es Granada
cuando la ilumina el sol!
¡qué soberbio de sus cúpulas
el brillo deslumbrador!
Decía así Don Gonzalo,
y la Reina, que lo oyó,
forma en seguida el propósito
de ir a hacer una excursión.
Quiso la augusta señora
sentir la satisfacción
de disfrutar de la vista
de la bella población.
Las órdenes oportunas
para ello, contenta dió,
y el veinticinco de agosto
a salir se preparó.

El noble Marqués de Cádiz
dos mil caballos reunió,
y Don Gonzalo de Córdoba
junto a la Reina marchó.
Caminaban por la Vega
con grande satisfacción,
cuando en el Generalife
Boabdil de ello se enteró.
Y Alhamar, guerrero moro
que guarda un odio feroz
a todo lo que es cristiano,
mucho se regocijó.
Ya en la Zubia está la Reina,
mas con estupefacción
el gran Gonzalo la dice
que alguien quizá los vendió.
¿Por qué lo crees?—Señora,
¿no observáis aquel montón
de moros, que ya se acercan
en nuestra persecución?
Mas descuidad, dama augusta,
que de eso me encargo yo;
y en seguida dió sus órdenes
y se preparó veloz.
La reina Isabel primera
desmontando, resguardó
su persona cuidadosa,
de un laurel entre el verdor.

Atacan los musulmanes,
procurando alrededor
de aquel lugar apiñarse
para pelear mejor.
Los islamitas batíanse
llenos de ciego furor,
deseando apoderarse
de la Reina con tesón.
Mas todo fué en vano, todo.
Alhamar se conturbó,
el Gran Capitán burlóle
y a los moros ahuyentó.
Pues lo que fué escaramuza
en lucha degeneró,
en la que la Providencia
a Doña Isabel salvó.
El laurel de siete siglos
en aquella hora sirvió
para guardar en la Historia
el hecho que presenció.
Y a los árabes increpa
el arbusto con dolor
así, mientras que Favonio
agítale halagador.
«¡Hijos del Africa ardiente!
cual vértigo ya pasó
el tiempo de la grandeza
que vuestra bandera orló.

El suspiro del moro. — *Soriano y Murillo*

¡Está escrito! aquí en Granada
vuestro imperio terminó
y del Islám ya la suerte
se encuentra echada por Dios.
Siete siglos han pasado
desde vuestra elevación;
se admirarán las edades
de una a otra generación.
Fuísteis al principio tromba,
ariete demoledor,
alma mater de las ciencias
y de las artes primor.
Fuísteis río caudaloso
de curso ensordecedor,
después exhausto arroyuelo
que en sí mismo se agotó.
¡Sí, ya sois otros! ahora
estáis en la enervación;
la fortuna, que es voluble
austera, el rostro os volvió.
Bien podéis dar a Granada
moros, un eterno adiós,
y a la Alhambra primorosa
¡renunciad!, la hora sonó.
Lo que es el agua a los campos
es para un pueblo el valor,
las virtudes son la base
de cualesquiera nación.

Pues que en el ocio gastásteis
los días sin reflexión,
ese ocio será el látigo
que os hiera flagelador.
¡Está escrito!, huid, ¡oh árabes!
sin orden y en confusión,
y ocultaos del desierto
en la árida extensión.
Y al marchar infortunados
con pena en el corazón,
oiréis el himno de triunfo
que entone el pueblo español...»
Tal el laurel centenario
a aquellos moros habló,
mientras huían dispersos
vomitando indignación.
Y allí se eleva un templete
testigo irrecusador
de que la Reina Católica
su hermosa vida salvó.
Huyeron los Agarenos
henchidos de rabia atroz
de ver que de entre las manos
se les fuera la ocasión.
Y cuando a la tarde tibia
el crepúsculo envolvió,
en el Real de los cristianos
tocaba la expedición.

ROMANCE X

La rendición de Granada, 2 de enero de 1492

SULTANA del Occidente
que en el Darro te recuestas
del Genil siempre escuchando
las canciones placenteras;
¡Granada! edén de las flores,
paraíso del Profeta,
levántate presurosa,
que el cristiano está a tus puertas.
¿A qué viene? A que le cuentes
la interesante leyenda,
que los siglos escribieron
en honor de tus grandezas.
Quiere oirla de tus labios,
ciudad hermosa y poética,

y asomándose a tus cármenes
de la Alhambra en las almenas.
En medio de los jardines
más ricos que los de Persia
donde aun se mueve y palpita
de Nazar, la sombra egregia.
¡Alá-Hu-Akbar! ¡Dios es grande!
El que los astros sustenta,
por un secreto misterio,
me ha dicho que yo a tí venga.
¿Sabes a qué? A relatarte
la causa que tú no aciertas
de por qué el cristiano hoy
a tu recinto se acerca.
Oyelo, Granada mía,
óyelo, que oirlo es fuerza,
pero quiero referírtelo
de mi cítara en las cuerdas.
Pues Alá nos ha otorgado
un poder a los poetas
de saber decir las cosas
sin que nuestro acento ofenda.
Una noche, en esa hora,
hermosísima agarena,
en que todos los mortales,
al dulce sueño se entregan,
también el sueño rindióme
y, su irresistible férula,

La rendición de Granada. — *Pradilla*

me hizo suyo, sin remedio,
por más que yo no quisiera.
Y vi, ¡oh, Granada! ¿Qué crees?
Pues una montaña: en ella
un caballero cristiano,
cercado de otros, se encuentra.
El les habla enardecido,
ellos, después, le contestan
y le aclaman por su Rey,
diciendo de esta manera:
¡«Pelayo, bien has hablado;
como tú lo quieres, sea,
nuestro juramento toma
pues creemos que Dios lo aprueba!
Que la Cruz, desde este instante,
nuestros designios proteja.»
Y aquél fué el grito primero
de española independencia.
Grito santo que, escuchado
por las aguas del Auseba,
contra el pabellón islámico
arrojó la primer piedra.
Después vi una larga serie
de reyes en mi presencia
que llevaban, en sus manos,
una Cruz y una bandera.
En la bandera leíanse
nombres de terribles guerras,

que ensangrentaron a España
en aquella aciaga época.
Alfonsos, Sanchos, Fernandos,
que tales sus nombres eran,
contra los moros cargaban
con indómita fiereza.
Sevilla, Jaén y Córdoba,
Játiba, Murcia y Baeza,
ante los Reyes Cristianos
humillaron su soberbia.
Hubo de sosiego un rato
y luego vi dos estrellas
aparecerse esplendentes
do el sol su luz tiene puesta.
Fernando V es la una,
es la otra Isabel primera,
que miraban a Granada
con tenacidad intensa.
En pos de ellos agrupábanse
Garci-Lasso de la Vega,
el *Gran Gonzalo de Córdoba,*
Pulgar el de las proezas
y, al de Tendilla, acompañan
Zafra con Pérez Venegas
y otros muchos que, al presente,
la memoria no recuerda.
Esos son los que ahora vienen,
esos son los que ahora llegan,

a poner la Cruz de Cristo
en la torre de la Vela.
A echar del Generalife
a Boabdil y, no hay quien tuerza,
su voluntad indomable
que a sus bríos se asemeja.
Más de setecientos años
vivió la raza agarena
en la Católica España
mandando, a su antojo, en ella.
¡Oh, Granada, el conseguirte,
no sabes tú lo que cuesta;
la sangre corrió a torrentes
mas también lavó la afrenta!
¡Granada, gentil Granada,
Granada, Granada bella,
recibe a los nuevos dueños
que en tu solar hoy penetran!
¡Levántate, pues, Sultana,
almé juvenil, despierta,
que el cristiano a tomar viene
posesión de tus preseas!
¡Fátima, Boabdil, Aixa...
dejad esas alamedas
y, abandonando la Alhambra,
marchad a lejanas tierras!...
¡Dad paso franco al cristiano,
puesto que Alá así lo ordena;

sepultad en vuestro pecho
los pesares que os rodean!
¿Que hacéis ya en un suelo extraño,
que nada más os recuerda
que lo que fuísteis un día
en esta mansión risueña?
Alá, en quien creeis vosotros,
es el que humilla y eleva;
ningún mortal decir puede
que sus arcanos penetra.
¡Alá-Hu-Akbar! ¡Dios es grande!
Cumplir lo que El quiere, es fuerza,
pues no hay nada que se oponga
a su voluntad suprema.
El quita tronos y dálos
a su arbitrio. ¿Quién le inquieta?
¿Quién le pide explicaciones?
¿Quién, de ello, le exige cuentas?

ROMANCERO DEL GRAN CAPITAN

SEGUNDA PARTE

ROMANCE I

El Gran Capitán embarca en Málaga en 24 de mayo de 1495 y desembarca en Sicilia para socorrer a Fernando II de Nápoles, destronado por Carlos VIII de Francia.

CARLOS VIII de Francia
y el rey Fernando de Nápoles,
el segundo de este nombre,
sostienen enemistades.
Fernando, mal al de Francia
quiere; es cierto, porque sabe
que anhela ambicioso Carlos
de su trono despojarle.
¿Qué motivos, el de Francia,
tuvo para así portarse?
Hay quien dice que ninguno
y, que así fuera, es probable.
Queriendo llevar a cabo,
cualesquier empresa grande,

soñó acaso con Italia
y, al punto, pasó los Alpes.
Pero como aquel que sueña,
muchas quimeras sin base,
así sucedió al de Francia
al soñar en novedades.
Gastó su tesoro, en vano,
y, sin motivos reales,
en Nápoles se presenta
con hostilidad culpable.
Fernando II, débil,
se intimida ante tal trance
y, al rey de España, pídele
que sus derechos ampare.
El rey Don Fernando V
tuvo a bien el escucharle
y al Gran Gonzalo de Córdoba,
para protegerle, mándale.
Gonzalo se embarca en Málaga
y para Sicilia sale
donde desembarca impávido
después de cruzar los mares.
La Calabria, toda entera,
bajo su dominio cae
y cien ciudades y villas
alegres las puertas le abren.
Perdona a los que se humillan
a los designios que trae

que son que obedezcan prontos
al Rey sin ambigüedades.
Y, en muy poco tiempo, logra
y con sus intentos sale,
de que el destronado Rey
entre en su corte triunfante.
Agradecido, el Monarca
le otorga mercedes grandes,
le colma de prez y honores
y pueblos le da y ciudades.
Todo lo rehusa el de Córdoba,
generoso sin alardes,
diciendo que al rey de España
sirve en todo lo que hace.
Pero no puede eximirse
de que en Nápoles le aclamen
como a salvador del Rey
en circunstancias fatales.
Los napolitanos, llenos
de gratitud incesante,
al Gran Capitán celebran
y elogian en todas partes.
«¡Gloria al General que hizo
que nuestro Rey, sin percances
de Nápoles en el solio,
de nuevo vuelva a sentarse!
¡Gloria al General invicto;
a él iguales dos no nacer,

tipo de los caballeros,
modelo de Generales!
¡Gloria a la España, que supo,
para nuestro bien mandarle,
dándonos, cuando ha llegado,
la paz y el bien a raudales!...»

ROMANCE II

La sorpresa de Laino (Italia) en 1496. Los varones coaligados de la Liga Anjoina, son vencidos por Gonzalo de Córdoba.

MONTAÑESES de Murano
que representais la Liga
y los anhelos y el núcleo
formáis de esa fuerza unida!
No perdáis el tiempo, os digo,
vuestro deseo os alucina
y el Gran Gonzalo de Córdoba
donde os descubra os castiga.
¿No oísteis ya que la fama
ante sus pasos camina
preparándole guirnaldas
de triunfos con alegría?
Sanseverino, que os manda,
se equivocará y, fallidas

las cábalas que se forja,
serán su mortaja misma.
Sanseverino es valiente,
sobre eso nadie porfía,
pero lucha con un águila
y ¡ay dónde ella se dirija!
¿De qué os vale, montañeses,
soportar así fatigas
y gastar, en prepararos,
tantos esfuerzos y días?
Meditad lo que arriesgáis
en esa última partida
que contra el Caudillo Hispano
vais a jugar, discutidla.
Mirad que es mucho ese hombre
y que nada le intimida
cuando a ganar una lucha
su honor militar le incita.
¡Montañeses! ¡montañeses!
quizá mejor os sería
volver a vuestros hogares
a abrazar vuestras familias.
Vuestros hijos os esperan
ansiando vuestras caricias,
si no os volveis, tal vez lloren
en orfandad desvalida.
Pensad en estas razones,
no las creais egoístas,

es que la voz que así os habla
tiene en mucho vuestras vidas.
¿Y vais, en vano, a exponerlas
en lucha comprometida
contra un General invicto?
¡Tenéis creencias fallidas!
¿No escucháis a estas razones
que ahora os dirige la lira?
Pues peor para vosotros,
¡de cierto vais a la ruina!
¡Ciudad de Laino, duerme
como una paloma tímida
que del cazador los tiros
presagia y se halla intranquila!
Sí, duerme, Laino, duerme,
¡ay, el pensarlo horripila!
tu despertar será horrendo
¡qué hora aquella más fatídica!
¿Lo oyes? Laino, despierta,
¡surgid, varones, de prisa!,
¡tú, Sanseverino, acude,
sirve a los otros de guía!
Las huestes del Gran Gonzalo
te llaman a ir a la liza,
¡ahí le tenéis!; desmostradle
poder arrostrar sus iras.
Pero la noche es obscura,
ni una estrella se divisa

en el azul firmamento
que es, ahora, densa cortina.
Nada se ve ¡fatalismo!
noche lóbrega en que silban
de las descargas los ecos
que destruyen y asesinan.
¡A las armas, montañeses!,
que Sanseverino os grita
rojo del coraje y rabia
que su corazón animan.
¡Montañeses, a las armas!
que la situación es crítica
y, el honor de vuestro nombre,
jugáis en esta partida.
El honor tenéis por norma,
bello lema que os daría
la victoria, de seguro,
en una ocasión distinta.
Pero mirad, ya Gonzalo
blande su espada mortífera,
¡ese acero que ninguno
ha humillado todavía!
¿No os entendéis? Ya lo veo,
la sorpresa os acoquina
y ¿qué hacer ya? ¿do tornaros?
¿por dónde hallaréis salida?
¡Morir!, ¡morir es preciso!,
sucumbir con bizarría,

ya que triunfar, haceos cargo,
es una ilusión mentida.
Y así fué: corrió la sangre
abundante y fueron víctimas,
de aquella hecatombe, cuantos
en Laino se escondían.
En vano su ilustre Jefe
se esfuerza y precipita
en medio de sus contrarios
con temeridad suicida.
La noche siguió cubierta
de su obscuridad densísima...
¡entre sus pliegues deshecha
quedó la Liga Anjoina.
Y al venir las nuevas luces,
de la aurora matutina,
Sanseverino aparece
¿mas cómo? exangüe y sin vida.

ROMANCE III

El Papa Alejandro VI llama a Gonzalo de Córdoba para que le libre de los corsarios que, acaudillados por Menoldo Gueri, infestaban los Estados del Pontífice, en 1497.

El Papa Alejandro VI,
llama a Gonzalo de Córdoba
para que le aleje a Gueri
que en sus Estados estorba.
Era el tal Gueri, un pirata
que tenía asustada a Roma
por los excesos sin número
que comete a todas horas.
En los Estados del Papa
incendia, saquea y roba,
con tan cínico descaro,
que nadie a estorbarle osa.
El Pontífice Supremo,
que sabe bien de memoria

los triunfos que Don Gonzalo
recoge en la Italia toda,
le escribe con tal motivo
y, como Padre, le exhorta
a que sus derechos haga
valer a la faz de Europa.
Don Gonzalo, aquel guerrero
de alma tan grande y hermosa,
las voces del Padre Santo
como un mandato las toma.
Y acude veloz e intrépido
y, encaminándose a Ostia,
se apodera, en el momento,
del mismo Gueri en persona.
Y le lleva maniatado
ante el Papa, que se asombra
de la actividad sin límites
del General, que así obra.
—«¿Qué castigo, Gran Gonzalo,
te parece que le imponga
a este bandido sin alma,
el Pontífice interroga?»
—«Yo quisiera, Santo Padre,
el que en esta misma hora,
a Gueri dejéis marcharse
libre y salvo, con su tropa.
¡Dejadle marchar, Pontífice,
pues si a obrar mal luego torna,

mi brazo será inflexible
con hombre que así se porta!
Siendo Vos Padre de todos,
quise humillar su ansia loca,
hasta vuestros pies trayéndole
cual le veis, en esta forma.
¡Que mire ya lo que hace
y, si otra vez os provoca,
le mandaré hacer pedazos
o colgarle de una horca!»
Gueri oyó la reprimenda
entre mortales congojas
y la Capital del Orbe,
una vez libre, abandona.
Alejandro VI, ufano,
al noble Gonzalo colma
de toda clase de honores
que sirviéronle de aureola.
Bajó de su solio Sacro,
le abrazó fuerte y mil loas
al Gran Capitán dirige
que mucho a Gonzalo honran.
Y, para más obsequiarle,
de oro otórgale la Rosa,
distinción que suele darse
no más que a reales personas.

ROMANCE IV

Entusiasmo del pueblo romano porque el Gran Capitán libra a Roma de los piratas que la inquietaban.

¡Viva el Marqués! ¡Viva! ¡Viva!
¡Viva el Marqués de Santángelo!
Tal era el grito entusiasta
del noble pueblo romano.
¿Por qué? ¿Quién la causa ignora?
¿Quién de ello no está al tanto
de que en Roma ahora se note
tal gozo y tal entusiasmo?
La noble Ciudad, que guarda
la memoria de los Gracos
y de Cicerón y César
el recuerdo siempre grato:
La ciudad en que reinara
el gran Teodosio y Trajano,

tiene razón muy de sobra
para cubrirse de fausto.
Los piratas, hace poco
por ella merodearon,
sumiendo a sus habitantes
en miedo y en sobresalto.
Y el Gran Capitán intrépido
desde Nápoles volando,
se ha presentado en la Urbe
del inmortal Cincinato.
Y los piratas huyeron
del Tíber sereno y rápido,
como del sol con la llama
se deshacen los nublados.
El celebrado caudillo
que es de España honor, buscando
a los que en Roma saquean,
los escarmentó su mano.
Y por eso el pueblo en masa
de su natural llevado,
que es su alegría fundada
declara en férvidos cantos.
Y en la ciudad de los Césares
es el general hispánico
motivo de los respetos
que con su esfuerzo ha ganado.
Son muestras del homenaje
que le rinden los romanos,

porque el pueblo hace justicia
al que con él bien ha obrado.
Por eso arden luminarias
y en su loor se alzan arcos;
donde a Gonzalo celébrase
con miles de ditirambos.
Por estas razones óyese
resonar por los espacios:
¡Viva Gonzalo de Córdoba!
¡Viva el Marqués de Santángelo!
¡Gran Capitán! tus proezas
el pueblo no ha visto en vano,
obsérvale sin recelo,
de su delirio eres blanco.
Comprende lo que te debe
y su alborozo mostrando
no oculta las simpatías
que en Roma te has conquistado.

ROMANCE V

Don Gonzalo de Córdoba, después de restablecer en su trono a Fernando II de Nápoles, vuelve a España y va a la Alpujarra a sofocar una rebelión de los moriscos, en 1500.

AUN quedan algunas flores
que coger en la Alpujarra,
y el Gran Capitán intrépido
de esta comisión se encarga.
Los Reyes le han designado
para esta empresa esforzada,
bien seguros de que el éxito
premiará sus esperanzas,
y Gonzalo convencido
del afán de sus Monarcas,
corre sereno y valiente
su plan a poner en práctica.
Los moriscos revoltosos
cuando vieron que en Granada,

como en los pasados tiempos,
su pabellón no ondeaba,
de los Católicos Reyes
observan la obra magnánima
mejor que con malos ojos,
puede decirse con rabia.
No en vano por tantos años
los hermanos de su raza,
de la ciudad de los Cármenes
gustaron las dulces auras.
No en vano, justo es decirlo,
aquel pueblo vió en la Alhambra
el ideal de los sueños
que el Bereber se forjara.
Y es así, que acostumbrados
a aquella ciudad, la echaran
de menos a todas horas
y muy tristes la evocaban.
Y, ¿cómo olvidar podían
las alamedas fantásticas
que por las manos parecen
hechas de las mismas hadas?
¿Cómo, cómo no acordarse
de aquel rumor de las aguas
cuando se despeñan límpidas
de las grutas y cascadas?
Y, ¿cómo dar al olvido
las frescas flores balsámicas

que aroma puro de vida
continuamente exhalaban?
Que a la verdad, es muy triste
remembrar horas pasadas
que sirvieron de alegría
y de gran contento al alma.
Y que esto es aún más triste
tener la inmensa desgracia
de llorar viendo el objeto
que nuestros pesares causa.
Tal sucedía a los moriscos
de suyo inquietos: se hallaban
como si extraños ya fueran
en su primitiva casa.
Se les permitió viviesen
por algún tiempo a su usanza,
y conservando sus trajes,
sus costumbres y su habla.
¿Qué más podía otorgárseles,
si al fin las cuentas echadas,
otros que no eran los suyos
obedecer les mandaban?
Hallábanse subyugados,
y es lógico así pasara
y a otros fueros sometidos
que de mal grado acataban.
Que al vencido pensar toca,
que es ser caído en desgracia,

y acatar debe la ley
del vencedor que le manda.
Mas ellos nocturnamente
con frecuencia se juntaban,
tramando planes malévolos
de una rebelión cercana.
Y ésta explotó sin remedio,
y para a cabo llevarla
escogieron de la sierra
la región extensa y amplia.
¡Infelices! No sabían
en medio de su ignorancia,
que con su torpe conducta
su situación empeoraban.
Fué inútil que levantados
con ronco acento, gritaran:
¡El Profeta es con nosotros!
¡Alá es grande! *¡Alá-Hu-Akbar!*
Y aquellas nieves perpetuas
que la Sierra siempre guarda,
se tiñeron con la sangre
de ellos en la lid aciaga.
El Gran Capitán impávido
subió a la Sierra elevada,
obligándoles al poco
a obedecer sin tardanza.
El Gran Capitán, sí, él era
quien ahora les marcaba,

después de escarmientos grandes,
de sus deberes la pauta.
Porque, ¿qué resta al vencido?,
bajar la frente aherrojada
y acatar las prescripciones
que el vencedor le señala.
Humillarse ante su dueño
sin atisbos de jactancia,
que jactancia es rebeldía
y la rebeldía es falta.
Falta digna de castigo
y que en conclusión acaba
por hacer del que es vencido
la situación más precaria.
Mientras la nieve en la Sierra
dure, narrará la fama
como un acontecimiento
aquella revuelta infausta.
Y don Gonzalo de Córdoba
fué el héroe a quien los monarcas
Isabel y Don Fernando
tal empresa confiaran.

ROMANCE VI

La toma de Cefalonia por Don Gonzalo de Córdoba en 24 de noviembre de 1500.

PERLA de albor rutilante
y del mar heleno joya,
yo te saludo entusiasta
¡oh isla de Cefalonia!
Fuiste Samos en un tiempo
y tú de Ulises las glorias
como en relicario guardas,
por más que los siglos corran.
Huyendo de los cristianos,
un día las turcas hordas,
en tí, poética isla,
se refugiaron medrosas.
Venecia, que en tí mandaba,
gimió desde aquella hora

ansiando echar de tu suelo
la Media Luna afrentosa.
Pero Venecia era débil
y si había de luchar sola
de los turcos otomanos
¿cómo rechazar la tromba?
Por eso, aunque protestase,
la República no osa
arrostrar de su enemigo
la fuerza avasalladora.
Y, viéndose en tal conflicto,
piensa en su suerte, e implora
que el brazo del Gran Gonzalo
la dé apoyo y la socorra.
Y lo hizo: Gonzalo acepta,
porque su alma generosa
del Derecho y la Justicia
es palanca auxiliadora.
Condición tan excelente,
por demás, su nombre orla
con la diadema que al bueno
la posteridad otorga.
Y fuese tras de los turcos
que, al saberlo, la zozobra
invade sus corazones
como una plaga morbosa.
¡Allá va! de que son muchos
no se cuida, ni le importa,

que el recuerdo de que es justa
su causa, a nuestro heroe abona.
Y se preparan los turcos,
con soberbia aparatosa,
mientras nuestro Don Gonzalo
se va acercando a sus costas.
Venecia, en tanto, suspira
y espera el día, afanosa,
en que de nuevo en la isla
vea su pendón que flota.
Por eso, al marchar nuestro héroe,
la multitud bulliciosa,
despidiéndole le ha dicho:
«Contamos con la victoria.»
Gonzalo, al que la jactancia
nunca hinchó su alma, logra
llegar donde ya los turcos
le esperan ebrios de cólera.
Y se empiezan los combates
con tenacidad heróica,
por ambas partes se lucha
con un denuedo que asombra.
Cincuenta días de cerco
sufre la Isla famosa,
cincuenta días mortales
entre angustias mil soporta.
Gonzalo, más cada instante
la estrecha y, al fin, trastorna

los planes de los sitiados
que el Gran Capitán destroza.
Triunfante, nuestro caudillo,
la isla por Venecia toma,
admirando, al mundo entero,
aquella difícil obra.
Venecia, en aquel instante,
de triste, alegre se torna,
pues recobró su dominio
en los mares de la Jonia.

ROMANCE VII

El Diploma de Venecia al Gran Capitán Don Gonzalo Fernández de Córdoba

La República tan célebre
que el Adriático recrea
con el rumor de sus ondas,
arde en regocijo y fiestas.
¿Qué le ocurre? ¿Qué sucede?
¿Qué su contento alimenta?
¿Por qué en su puerto las naves
lucen grímpolas diversas?
¿Por qué el Gran Dux que la rige
y sus destinos gobierna,
de su palacio de mármoles
hermosos tapices cuelga?
¿Por qué en la ciudad que es gala
de toda Italia, resuena

clamor incesante y dulce
que en el corazón penetra?
¿Por qué en sus calles y plazas
mil inscripciones se observan
en las que un nombre glorioso
en grandes cifras campea?
¿Por qué en su canal las góndolas
al rumor del agua dejan
oir dulces barcarolas
que de gozo el pecho llenan?
Es que al Gran Capitán quiere
ensalzar toda Venecia,
porque con ese hombre ilustre
tiene una sagrada deuda.
Por eso su Dux insigne,
que lo sabe y lo recuerda,
manda a Gonzalo un diploma
que dice de esta manera:
«Yo, el Dux y supremo Jefe
de la República ésta,
a Vos, Gonzalo de Córdoba,
mi alma ventura os desea.
Yo quiero manifestaros
que, señor, en esta tierra
en cada pecho tenéis
un altar do se os venera.
Puesto que los venecianos
unánimes os respetan

y por medio de mí os mandan
de su gratitud las muestras.
¡Invicto y grande caudillo!
¿Qué pidiérais que no os diera
esta república amante
por cuanto hicísteis por ella?
La voz no puede deciros
ni sabe expresar la lengua
la gratitud que en nosotros
vuestra conducta despierta.
Nos librásteis de los turcos
y de la mar las barreras
a nuestro comercio abrísteis
de soberana manera.
Desde hoy en adelante
a do nuestras naves tiendan
su vuelo, como las águilas,
de orgullo irán satisfechas.
¡Ni un veneciano, ni uno,
mientras luz la aurora tenga,
olvidará vuestro nombre;
nuestra afirmación creedla!
Este diploma que os mando
os dice claro y demuestra
lo que todos os debemos,
¡oh caudillo de la guerra!
Aceptad, nuestros obsequios,
poco valen, mas demuestran

lo que sienten nuestras almas
para quien de honor entienda.
¡En tanto se alcen los Alpes
llenos de nieves perpetuas,
mientras en llamas rojizas
arda el Vesubio y el Etna,
durará la apoteosis
que nuestro pecho os eleva,
como tributo legítimo
a vuestra sin par grandeza!...
¿Nos exigís sacrificios?
Pedídnoslos sin reserva,
nuestro nombre habéis salvado,
vuestra obra fué gigantesca.
A Vos, es cierto, acudimos,
mas en verdad, ¿quién creyera,
aunque bien de vos pensáramos,
que hiciérais tamaña empresa?
España, la hermosa España,
¿cómo no ha de estar contenta,
mientras, como vos, caudillos
dentro de su suelo tenga?
¡Bien haya la España digna!
¡Bien haya la España bella!
¡Madre que así hijos produce
merece alabanza eterna!...
Sí, alabanza perdurable
y de loores diadema,

nuestro deseo anhelara
para vuestra sien excelsa.
Cefalonia, Gran Gonzalo,
por vuestra mano redenta,
nos hace fuertes, renuévanos
y ante el mundo nos eleva.
Su posesión, su dominio,
nuestro esplendor representa,
pues cuestión de vida o muerte,
creed, para nosotros era.
Recibid con homenajes,
gran adalid, nuestra oferta,
quizá os parezca mezquina,
tal vez la juzguéis pequeña.
Mas va impregnada en afecto
y de él es seguro emblema
el que el pueblo veneciano
su amor y adhesión os muestra.»

ROMANCE VIII

El asedio de Tarento (1503)

Era el Duque de Calabria
de Don Fadrique heredero
que allá, en Nápoles, reinara
en calamitosos tiempos.
En vez de seguir las huellas
de su antecesor, acérrimo
hostigaba, de continuo,
a los Españoles Tercios.
No obró mal por propio instinto
si no siguiendo el de aquellos
que, por halagar su orgullo,
le daban malos consejos.
Mas la hora había sonado
de que dejase su reino
a los monarcas de España
que se preparan a eso.

No importa que, jactancioso,
busque como parapeto
hacerse fuerte en el Golfo
de la ciudad de Tarento.
Que se resista es inútil;
en vano es todo, creedlo,
pues cuanto más se resista
más tendrá que perder luego.
Furioso y puesto en la torre
de su palacio soberbio,
lanza, contra los de España,
desde sus cañones fuego.
Riñe la última batalla
dentro de su propio suelo
y, tal vez, juégase ahora
el nombre de Rey y el Cetro.
Nápoles iba a ser pronto
del poder solo de aquellos,
que obligaron a los moros
a ir, ha poco, hacia el desierto.
El de Calabria debiera
haber meditado en ello,
antes de ser imprudente
provocando aquel asedio.
Sabe, además, que el de Córdoba,
es un hombre muy enérgico,
valiente entre los valientes
y luchador bien experto.

Desafiarle igual era
que ir a un desastre certero,
cual si a un león provocase
un pájaro o un cordero.
Pero la soberbia obceca
y pone venda al cerebro,
para que el alma no vea
el camino más derecho.
Tal sucede al de Calabria
en el crítico momento
que excita, del Gran Gonzalo,
el arrojo y el denuedo.
Y así fué; el Duque luchando
mostró sus buenos deseos,
pero estrelláronse pronto
y bien inútiles fueron.
Pasaron horas y horas,
pasaron días cruentos
y los soldados del Duque
cansados al fin se vieron.
Entonces el de Calabria
pidió una tregua, creyendo
que esa tregua, a su desastre
próximo, daría remedio.
Concediósela Gonzalo
mostrando ser caballero,
dando, con este motivo,
a sus soldados refresco.

Y finalizado el plazo,
que ambas partes convinieron,
a luchar con grandes bríos
preparáronse de nuevo.
Exhaustos ya los sitiados,
aun se mostraron tercos
y hacían de valor alardes
caras sus vidas vendiendo.
—«¡Tarento por nuestro Duque!»,
exclamaban los de dentro.
—«¡No, Tarento por España»,
les contestaban los nuestros!
Y la lucha encarnizada
se reanuda por momentos
y cuadros de horror y sangre
¡oh pena! se sucedieron.
Hasta que, al fin, convencidos
los sitiados, se rindieron
víctimas de su coraje
y blanco de su denuedo.
Tan grande fué la victoria
que hasta el mar rugió altanero
mientras que, tintas en sangre,
las aguas sus ondas vieron.
Y cual remate de lucha
los tarentinos sufrieron
viendo salir a su Duque
para España prisionero.

ROMANCE IX

Batalla de Ceriñola., 28 Abril 1503

CERIÑOLA!, ¡Ceriñola!,
por más que pasen los siglos,
en los anales de Francia
no caerás en el olvido!
Esa página de gloria
del pueblo español, es nimbo,
que justamente en sus fastos
ocupa un puesto conspicuo.
Las liras de los poetas
en sus mágicos sonidos,
le ensalzarán de contado
al compás de acentos rítmicos.
Era la estación hermosa
de primavera; los trinos

de los pájaros oíanse,
pues había fiesta en los nidos.
Corría el mes apacible
del abril grato y florido,
en que el aire a ser empieza
agradable, dulce y tibio.
Los franceses se preparan
y están muy bien dirigidos
por el prócer de abolengo,
el duque de Nemours ínclito.
Grandes masas de gascones
van con ellos y suizos
que ayudan a los franceses
en Ceriñola reunidos.
El Gran Capitán, que sabe,
porque de ello tuvo aviso,
el lugar donde se encuentran,
marcha pronto y decidido.
La ida fué, cierto, penosa,
que era infernal el camino,
sembrado todo de arena
y de enormes precipicios.
El sol cayendo de plano
en tan peligroso sitio,
dificulta a los soldados
el marchar, y de continuo
sepúltanse entre la arena
o se quedan detenidos.

La fatiga que los rinde
con el forzado ejercicio,
hace que muchos al suelo
se caigan desvanecidos.
La sed cruel e inhumana
completa aquel sacrificio,
al que van muy resignados
de España los nobles hijos.
El Gran Capitán alienta
a todos, y son estímulo
sus palabras de buen jefe
que a sus huestes dan alivio.
A los que caen, ayuda,
y a los infantes rendidos
con los de a caballo manda
que se monten. ¡Buen designio!
No hay uno que no reciba
de su labio persuasivo
una palabra de afecto
y una frase de cariño.
¡Españoles, adelante,
jamás cejar es preciso,
seréis pasto de las fieras
si en esta marcha morimos!
¡Que vuestros cuerpos no sirvan
de cebo a buitres carnívoros;
en medio del campo árido
sucumbir es triste sino.

¡Adelante, falta poco!
¡Adelante, sed sufridos!
¡Pensad que os llama la gloria
con su semblante benigno!
¡Adelante, nobles tercios
del Rey Don Fernando V,
cuando sepa cuanto hacéis
su gozo será infinito!
Y al fin llegaron al límite,
mas, ¿cómo?, todos transidos
por la sed que les devora
y les priva del sentido.
Llegan por último, y llegan
con tal cuidado y sigilo,
que los franceses lo ignoran
cerca estando, prevenidos.
La noche no les ayuda,
porque la luna sin brillo,
entre nubes bien espesas
tiene su rostro escondido.
Es nuevo día, los franceses
lo advierten y ya el ruido
de sus armas, cerca de ellos
los nuestros han percibido.
Empieza el combate: óyense
de los que sucumben gritos,
y Francia y España empeñan
un duelo inmenso y reñido.

¡Próspero Colonna insigne!
¡Pedro Navarro, Fabricio!...
¡Es ya llegado el instante,
mostraos de vosotros dignos!
¡Lira ardiente de Tirteo,
dulce laúd de Virgilio,
quién me diera vuestro acento
en este momento crítico!
¡Si yo tuviera los sones
de vuestro plectro divino,
de Ceriñola entonara
aquel postrimero himno
con que su nombre invocando,
llevados de patriotismo,
en la lucha los franceses
cayeron sin cuento heridos!
¡Noble Nemours!, bien te portas,
¡blandes el acero límpido
como un Héctor formidable,
tú que fuiste siempre invicto!
Pero te encuentras enfrente
del Gran Gonzalo, y opino
que vais a ser dos titanes
disputándoos lo mismo.
¡Noble Nemours! ¿Y qué importa
que con ímpetu aguerrido
animes a tus gascones
que se vinieron contigo?

Va a perder tu patria ahora
de Italia el postrer recinto,
do las águilas francesas
por largo tiempo han vivido.
¡Noble Nemours! ¿ves?, la noche
harta ya de ser testigo
de tus pérdidas enormes,
te ofrece albergue y retiro.
¡No prosigas la batalla
aunque Aubigny te lo ha dicho!
porque a un fracaso seguro
vas, Nemours, triste es decirlo.
¿Lo ves, Nemours? Ya las sombras
su manto extienden tupido.
¡Ay! tu voz ya no se escucha!
¿Qué fué de ti? ¿Do eres ido?
¡Ven, aurora, ven aurora,
danos tu fúlgido brillo,
¡cuántas tristezas nos muestras!
¡Oh, qué cuadro tan fatídico!
¡Gran Capitán, héroe incólume,
mira, mira condolido!
Tu triunfo es cierto, innegable,
pero ¡a qué precio, Dios mío!...
Ceriñola es un sarcófago
de cadáveres henchido,
y desde hoy será pirámide
del español poderío.

El Gran Capitán mostróse
piadoso, grande, magnífico,
llorando ante el cuerpo inerte
de Nemours, que estaba rígido.
Y exclamó mirando al muerto:
¡Era un general eximio!
Y luego pensó en España
de su alma en lo más íntimo.

ROMANCE X

El paso del Garellano y rendición de Gaeta en 1.º de enero de 1504

GRAN Capitán, los franceses
fieros te están esperando
y disputarte pretenden
el paso del Garellano.
Sandricourt y La Fayette
y el belicoso Bayardo,
arden en ansias de verte
blandir la espada en la mano.
El noble Marqués de Mantua,
que dirige a los contrarios,
afirma que ha de venderte
el terreno palmo a palmo,
haciendo viertan su sangre,
tus valerosos soldados,

como se vierte el Falerno,
de un gran festín, en los vasos.
Ha oído que eres un águila
y ha dicho con aire fatuo:
«¡Yo le cortaré las alas
y no volará tan alto!»
Míralos; ya se aproximan
los franceses e italianos,
que quieren medir contigo
sus armas, recios y ufanos.
Ya la pelea se empeña
por uno y por otro bando,
y en el puente se resisten
ebrios, de furor, los galos
¿No ves cual se fortifican
en Castelforte afanados?
Pues mayor será tu gloria
cuando vayas a atacarlos.
Son menos los españoles,
mas de no valor escasos;
si el triunfo estriba en el número
¿qué suerte tendrás, Gonzalo?
Volverás a nuestra Patria,
ante Isabel y Fernando,
diciendo: «¡Ay, de mí, no pude
traer del vencedor el laurel!»
No será, experto caudillo,
no será; vas a probarlo

en las campiñas de Nápoles
memoria de tí dejando.
Y si duda te quedase
te lo mostrará, bien claro,
que el de Mantua se retira
presintiendo su fracaso.
Están ya tus enemigos,
para resistir, sin hálitos,
por eso en la huída buscan
el remedio a sus estragos.
Mira al Marqués de Salurzo,
que por jefe se ha quedado,
cómo recuenta a los suyos
de empuje viéndolos faltos.
Y cómo, reconociendo
que sus planes le fallaron,
la consternación le envuelve
cual un temible nublado.
¿Qué hacen? ¿A do se dirigen,
en tumultuoso bando,
después que entre lodazales
miles de ellos se quedaron?
¿Qué intentan y qué pretenden
en trance tan apurado?
Ya no se cuidan de nada
ni han, para pensar, espacio.
Belona, la noble diosa,
solo protege a los bravos,

a los que a morir aprenden
a su bandera aclamando.
¡Gran Capitán, adelante!,
¡no cejes, noble Gonzalo!,
¡tuya es la victoria, tuya!
¡ínclito héroe, has triunfado!
Si no, observa cómo ceden
Castellone y *Monte Orlando*,
atalayas de Gaeta,
a do diriges tu asalto.
Sí, marcha a Gaeta intrépido,
pues están allí encerrados
el de Salurzo y sus tropas,
que se van tristes diezmando
cual las hojas de los árboles
que arrebata el cierzo áspero,
cual rebaño de corderos
por lobos acorralado.
¡Gran Capitán, has vencido!
Y mientras tengas soldados
como el *Alférez Yllescas*
y *Bartolomé de Albiano*,
todo cederá a tu encuentro,
nada se opondrá a tu paso,
ante tí irá la victoria
guirnaldas mil arrojando.
¿No oyes ruido? De Gaeta
salen ya parlamentarios

y paz te piden, sumisos,
tu decisión aguardando,
pues confían, noble prócer,
en que tú has de ser humano,
no haciendo de su derrota
blanco de crueldad y escarnio.
Y así lo harás, de seguro,
excelso caudillo hispano,
pues la Patria en que has nacido
a ser bueno te ha enseñado.
Y ante Gonzalo de Córdoba,
el héroe del Garellano,
los rendidos de Gaeta
tuvieron que ir desfilando.
Y fué rendida la espada,
la infantería pasando
y, a continuación, lo hicieron
los jinetes desmontados.
Mas todos diciendo a una
a aquel caudillo preclaro
con palabras de alegría,
con acentos de entusiasmo:
«¡Viva el gentil caballero,
al que le debemos tanto,
pues al tomar a Gaeta
de su triunfo no ha abusado!»

ROMANCE XI

Don Gonzalo de Córdoba se despide de sus soldados, antes de abandonar la Italia, para regresar definitivamente a España en 1507.

SOLDADOS e invictos hijos
de España, que es nuestra madre!
vuestro general en jefe
de vosotros va a alejarse.
Con vosotros he vivido
largo tiempo, lo bastante
para apreciar con certeza
lo que vuestro arrojo vale.
Creedme, voy satisfecho,
satisfecho cuanto cabe,
porque dejaros me cuesta
un sentimiento muy grande.
¡Juntos, juntos convivimos,
y en las fatigas marciales,

érais vosotros el blanco
de mis cuidados y afanes!
Bien podréis, bien, recordarlo,
todo mi aprecio ganásteis,
vuestro esfuerzo ha sido el guía
del español estandarte.
Yo me complazco en decirlo,
sin que se lo oculte a nadie
sois valientes y el denuedo
os distingue en todas partes.
Y ¿quién pudiera negarlo,
hijos de España leales,
si es ejemplo vuestro arrojo
que admirarán las edades?
Soldados, como vosotros,
¿dónde los hay semejantes,
si hasta causaríais asombro
si viniera a veros Marte?
¿Adónde fuísteis soldados?
¿A do os llevé, contestadme,
que no fuérais el orgullo
del que os viese en los combates?
Heroicidad, sufrimiento,
modestia sin rebajarse,
así sois y así os admiran,
¿que más puede desearse?
¡Con soldados cual vosotros,
no se hallan dificultades,

no existe en el mundo nada
que a vuestro valor iguale!
Mientras crucéis por la vida,
la gloria que conquistásteis
será el árbol que dé sombra
y alegre vuestros hogares.
Ella será flor preciada,
el perfume inestimable
y el recuerdo bendecido
que vuestras tristezas calme.
¿Qué más pudiera deciros
al dejaros y marcharme?
Que con vosotros se queda
mi espíritu, ¡aquí guardadle!
Y si un día (que no llegue
ni os veáis en ese trance),
desfallecéis combatiendo...
¡reanimaos y evocadle!
¡Acordaos de Ceriñola!
Soldados, aquella tarde...
¡yo mismo quedéme extático
mirando vuestro coraje!
¿Y en Gaeta? ¿Y en Tarento?...
Labio, mejor es que calles,
porque la emoción me embarga
y no quiero que me mate.
¿A qué seguir relatando
vuestros triunfos colosales,

si su evocación sería
verdad, casi interminable?
¡Amad la patria, soldados
mas con un amor tan grande,
que hasta derraméis por ella
la última gota de sangre!
¡Aquel que no ama a su patria
y la infiere algún ultraje
ni sabe lo que es la vida,
ni lo que es la patria sabe!
Sed vosotros su esperanza,
dadla honor, dadla realce,
y su nombre bendecido
debéis siempre venerarle.
Sólo así mereceréis
que doquiera se os alabe,
y que al regresar a España
la España toda os ensalce.

ROMANCE XII

La entrevista de Savona entre Fernando V el Católico y Luis XII de Francia y en la que éste sienta a su mesa al Gran Capitán, en 30 de diciembre de 1507.

El Rey Luis XII de Francia
en Ceriñola perdió
toda la herencia de Nápoles
que le diera su nación.
Si la suerte de las armas
sus favores le negó,
en cambio, caballeresco,
su proceder demostró.
El Rey Don Fernando V,
cuando a España se volvió,
desde su visita a Nápoles,
con el Francés se avistó.
Y en Savona ambos monarcas,
el Rey de Francia hospedó

al de España, en su palacio,
con suma satisfacción.
Viene con el Rey Católico
Don Gonzalo, que acabó,
con la conquista de Nápoles,
en Italia su misión.
Y anhelando el Rey Luis XII
conocer tal campeón,
quiso sentarlo a su mesa,
como lo verificó.
Aunque el heróico Gonzalo
renunciara a tanto honor,
no hubo medio de evadirse,
y con los reyes comió.
Al final de aquel banquete
el Rey Luis XII se alzó
de su silla y, de este modo,
refieren, que se expresó:
«Rey Fernando, gozo intenso
ahora experimento yo,
de teneros a mi lado
en esta hermosa ocasión.
Francia entera, Rey Católico,
os saluda por mi voz
y os dice que bien venido
seais, ¡oh Rey!, ¿cómo no?
Fuimos antes aliados
y aun resta de aquella unión,

en nuestras almas, un lazo
que el tiempo no destruyó.
Os acompaña en el viaje
y, esto no es adulación,
un General que es ornato
del Ejército español,
al que la gloria abrió paso
por doquiera que marchó;
me complazco en confesarlo
sin reserva ni ficción.
A tí, Gonzalo de Córdoba,
te aplaudo con efusión,
pues, a los que tú venciste,
te enaltecen sin rubor.
Porque en buena lid vencístelos
no te conservan rencor,
no hay francés que no te admire
y no te rinda loor.
Pues los valientes, Gonzalo,
ostentan como blasón
el aprecio más unánime,
que excita siempre el valor.
Me han dicho que eres magnánimo
y noble con pundonor
y que, al de Nemours, sentiste
con verdadera aflicción.
Si los franceses te quieren
¿su rey ha de ser peor?

Para los valientes tengo
yo siempre un puesto de honor.»
El rey un collar de oro
así al hablar se quitó,
y en el cuello de Gonzalo
alegre lo colocó.
Y le dijo estas palabras
movido por la emoción:
«Que guardéis este recuerdo
es mi más firme intención;
es del rey de los franceses
cual comprenderéis un don.
Rememorad lo que indica,
su valor material no;
aun antes de conoceros
mi alma afecto os cobró,
pues vuestros hechos causáronme
asombro y admiración.»
Y Gonzalo, sin turbarse,
pensando en la dignación
del Rey Luis XII, de Francia,
cuentan que así se expresó:
«Gracias, excelso monarca,
permitid que os diga yo:
grande es la honra que hacéis
a este soldado... ¡Por Dios!
Para los hijos heroicos
de vuestra hermosa nación,

yo no guardo más que aplausos
y una inmensa estimación.
Aunque cien años viviera
entre el hórrido clamor
que se escucha en las batallas
y entre el ruido del cañón,
nunca olvidará mi mente
al que ahora mentásteis vos,
a aquel Duque tan eximio
que en Ceriñola murió...
Lloré sobre su cadáver,
(creí que era mi obligación),
pues el de Nemours valiente,
como quien era luchó.
Lloré por el hombre ilustre
que a la Francia engrandeció,
y que en la flor de su vida,
puede decirse acabó.
Si en mi mano hubiera estado,
lo digo de corazón,
su existencia conservara
a cualquier costa, Señor.
Y esta joya que me dísteis,
para mí es de tal valor,
que mientras viva, ¡oh, monarca!
la llevaré al cuello yo.
Creed, que si me fuera dado,
dividiérame ahora en dos,

y yendo a España una parte,
la otra quedara con vos.»
El rey Fernando el Católico,
que eso al de Córdoba oyó,
por tan felices palabras
con la cabeza asintió.
Terminada la entrevista
de Savona, en dulce unión,
el rey Fernando el Católico
a España se dirigió.

ROMANCE XIII

Muerte de Gonzalo de Córdoba, en Granada, en 2 de diciembre de 1515.

DESCANSA, caudillo ínclito;
descansa, noble Gonzalo,
ya sabes tú que la vida
no es un camino muy largo!
Es desde este mundo al otro,
corta cifra, breve espacio,
meteoro que se esconde
si a admirarle nos paramos.
Y la criatura que cruza
del mundo el desierto áspero,
es como frágil esquife
en medio del Oceano.
¡Dichoso y feliz el hombre
que con ánimo esforzado

aunque encuentre contratiempos
logra al cielo ir arribando!
Cada hombre ya a la tierra
trae su destino fijado,
del que jamás osar debe
separarse temerario.
Que el Eterno, Dios del orbe,
en sus célicos arcanos,
es quien nos dirige y guía
con su influjo dulce y santo.
Solo, al correr por el mundo,
nuestros destinos llenando,
seremos dignos del premio
a cada cual reservado.
A ti el cielo en sus misterios
te hizo caudillo preclaro,
dando alientos a tu alma
y esfuerzo grande a tu brazo.
De la Fe el sacro tesoro
fué en España profanado
y tú, Capitán insigne,
contribuiste a realzarlo.
Dios excelso, Dios sin duda,
tu alma en el valor forjando,
sobre los muslimes dióte
a cientos triunfos y lauros.
¿No es Dios, no es Dios el que envía
a los pueblos mil estragos

para castigar sus crímenes
y amoroso escarmentarlos?
La Patria, egregio caudillo,
gloriosa de San Fernando,
vivió bajo el Islamita
más de setecientos años.
Y tú, rayo de la guerra,
tú cooperaste esforzado
a que ondeara en Granada
de la Cruz divina el Lábaro.
¿Vas a morir? Pues no temas
ver acercarse este paso;
la muerte es para los buenos
término y fin anhelado.
¿Qué gloria cabe más grande
que ser instrumento apto
de los designios y fines
que Dios escribe en los astros?
Tu mérito igual no tiene,
te hallas ¡tan alto, tan alto!
que el escabel de tu nombre
álzase hasta los espacios.
Y mientras mi Patria viva,
tu recuerdo venerando
en todas las almas nobles
tendrá un puesto reservado.
¿Y cómo así no ha de hacerlo,
si de su historia en los fastos

por hijo ilustre te aclama
con frenético entusiasmo?
Cierto que tus enemigos,
con propósito marcado,
quisieron manchar tu nombre
con su nauseabundo hálito.
Es verdad que los pigmeos,
al verte tan encumbrado
pretendieron rebajarte
infamias mil inventando.
Si de la envidia mezquina,
Gran Capitán, fuiste blanco,
¿qué importa? Los envidiosos
siempre vencidos quedaron.
Considera que en el mundo
es la envidia vil gusano,
que clava su diente aleve
en los más frondosos álamos.
Y si la calumnia artera
lanzó contra ti sus dardos,
la entereza de tu espíritu
invalidó sus asaltos.
De compensación te sirva
lo que en pos de ti has dejado;
el mérito de tus triunfos
¿quién? ¿quién puede arrebatártelo...?
España te hará justicia
cual sabe hacerla a los bravos.

¡Ella velará en los siglos
tu lucillo funerario!
Hasta él vendremos si un día
quisiera algún pueblo extraño
el hogar de nuestros padres
con perfidia arrebatarnos.
Dime, ¿doscientas banderas
cogidas a tus contrarios
no hablan de un modo elocuente
de tu valor legendario?
Esas flámulas son himnos,
son dulce y perenne canto
que a través de las edades
forman de la fama heraldos.
Constituyen la apoteosis
de tus triunfos incontados,
son flores que en tu sepulcro
sus aromas van dejando.
Yo mismo al trovar tus nimbos
alegre cual hoy lo hago
es que te rinde justicia
mi plectro en tu honor pulsado.
El valor de tu alma grande
la senda nos ha trazado
y es espejo en que podemos
constantemente mirarnos.
¡Descansa en tu último lecho
sereno y sin sobresalto,

porque has cumplido en la vida
del Sumo Dios los mandatos!
¡Ojalá tu ejemplo sirva
para elevar nuestro ánimo
y pelear por la Patria
si reclama nuestro amparo!
Porque no hay nada en la tierra,
más noble que el amor patrio,
que en los corazones brota
como fúlgido relámpago.
Y hasta que concluya el mundo
y en mi Patria existan bardos
para tu excelsa figura
habrá acentos de entusiasmo.
¡Paladín de paladines
y modelo de soldados,
tu gloria es la gloria inmensa
del valiente pueblo hispano!...

FIN DEL ROMANCERO

Al Gran Capitán Don Gonzalo Fernández de Córdoba, con motivo de su cuarto centenario.

I

¡Salud, insigne prócer,
de Córdoba decoro,
guerrero de guerreros,
caudillo de la Cruz;
la fama siempre grabe
tu nombre en letras de oro
pues eres nimbo, gala
y prez del andaluz!

II

No en vano, no, la España
circuida de esplendores,
se reúne ante tu estatua
radiando frenesí;
y llena de alegría
entona tus loores
y poco le parece
cuanto hace para ti.

III

Pues tú, enérgico atleta,
de tanta bizarría,
doquiera sublimaste
de España el pabellón,
ganándote laureles
a miles, patria mía,
que realzante y de gloria
testigos siempre son.

IV

Tajara, el Garellano
y Albuera con Gaeta,
pregonan, oh, Gonzalo,
tu indómito valor;
por eso, sí, por eso,
la lira del poeta
a ti te canta trovas
con júbilo y ardor.

V

Tu brazo fué del árabe
azote fulminante,
acero y dardo ígneos
del pueblo bereber,
tu escudo prepotente
fué rayo horrisonante,
con él la grey muslímica
sintióse estremecer.

VI

Los triunfos que alcanzaste
no caben en la Historia,
pues son grandes e innúmeros,
excelso paladín;
y tanto reberberan
los ampos de tu gloria,
que llenan con sus luces
del orbe hasta el confín.

VII

La patria de Pelayo,
alumno de Minerva,
en medio de los siglos
te erige un pedestal;
y es más, la España amante
tu nombre aún conserva
cual urna donde vive
el alma nacional.

VIII

Por eso no te extrañe
que hoy hacia a ti eleve
el himno más vibrante
poniéndole a tus pies;
lo hace porque sabe
lo mucho que te debe,
y ofrenda de su anhelo
y afecto grande es.

IX

Todo eso que resuena,
cual eco dulce y blando,
el alma es de la patria
sagrada, ¡oh, adalid!
y al pueblo le parece,
mirarte conquistando
manojos de coronas,
caudillo, en ardua lid.

X

Y piensa que te observa
blandir tu limpia espada,
montado en un caballo
fantástico y gentil,
haciendo heroicidades
sin cuento allá en Granada
y cerca de las márgenes
del Darro y del Genil.

XI

Y cree, que en un día
feliz y no olvidado,
al son de los clarines
marciales y en tropel,
del moro en los alcázares
entraste alborozado
siguiendo a los monarcas
Fernando e Isabel.

XII

Todo eso, gran Gonzalo,
todo eso es lo que ahora
resurge ante la mente
cual sueño evocador;
aquel pasado bello
declara y corrobora,
del suelo en que vivimos
no dudes el clamor.

XIII

Bien hayas, sombra ilustre,
que bañas nuestra alma
y a voces nos excita
de ti a marchar en pos.
Tu patria ves que teje
para tu sien la palma,
pues es que piensa que otra
te habrá tejido Dios.

XIV

Tu nombre representa
sagrado patriotismo,
sublime inteligencia,
valor y lealtad,
magnánima entereza,
denuedo y heroismo,
prudencia a toda prueba,
honor y dignidad.

XV

Tu nombre es estandarte
y estrella soberana,
es luz que siempre brilla
cual fulge hermoso el sol,
tu nombre en el ejército
es prenda del mañana
que aliente en sus empresas
al gran pueblo español.

XVI

¡Oh, héroe distinguido!
al verte nos asombra
el cúmulo de triunfos
que esmaltan tu florón.
¿Quién lee tus proezas?
Responde. ¿Quién te nombra,
y no siente de gozo
latir el corazón?

XVII

Ante esa efigie impávidos,
a una prometamos
honrar la patria, amarla
igual que la amó él,
y si un día en peligro
la viésemos, corramos
constantes defendiéndola
como a una madre fiel.

XVIII

¡España, noble pueblo
de pristina hidalguía!
¿No causa tu pasado
profunda admiración?
¡Feliz aquel que logra
saber, con alegría,
vivir besando el ara
de Patria y Religión!...

XIX

¿Oís, hijos de España,
que todo se derrumba?
¡Del dos de Mayo héroes,
de Otumba y Nagsabú!
¿Pensáis que nuestro pueblo
camina hacia la tumba?
¡Jamás, si tiene hombres,
Gonzalo, como tú!

XX

Mas si ese día llega...
calladas ya las liras
y faltos de ideales
sin fe en el porvenir,
¡yacer, yacer cumplíanos
formando inmensa pira,
finar después y nunca
volver a resurgir!

XXI

¡Gonzalo, tus hazañas
relucen cual estrellas
que el cielo de la España
adornan al rielar!
¡infúndenos tu fuego,
que ansiamos de tus huellas
seguir las enseñanzas
tan dignas de imitar

XXII

¡España, patria mía!
tu aureola nos circunde
y no te hagamos nunca
vesánicos sufrir;
tu gloria sea el aura
què a todos nos inunde
y que antes que ofenderte
optemos por morir.

XXIII

¡Ah, sí! que la bandera
que el patrio honor entraña,
sea el iris bendecido
y el angel tutelar
que ufano nos enseñe
a honrarte, madre España,
y sólo por tu gloria
queramos alentar.

XXIV

¡Gonzalo! si la patria
loándote se agita
y a alzarte un monumento
dispuesta hoy ves que está;
en él, guerrero ínclito,
de cierto el islamita
patente su derrota
colérico verá.

XXV

¡Venid, vayamos todos
junto a ese monumento!
así la patria quiere
a un hijo enaltecer;
cabe él llenos de anhelo
y hermoso sentimiento,
unánimes vayamos
nuestro óbolo a ofrecer.

XXVI

¡Vayamos y entonemos
el himno de los bravos,
ante ese altar de gloria
pirámide de honor!
¡Juntémonos jurando
no ser jamás esclavos
y no aguantar cobardes
ningún yugo invasor! (1)

---

(1) Este himno ha sido puesto en música por los maestros compositores don José Arenas y don Arturo Escobar, los cuales lo han arreglado también para piano y bandas.

APÉNDICES

APENDICE I

Instrumento público expedido por el Rey Católico en honor del Gran Capitán, testificado por el secretario Miguel de Almazán, en Nápoles a ventycinco de Febrero de 1507

Nos, Don Fernando, por la Gracia de Dios, rey de Aragón y de Sicilia, de aquende, de allende Faro, de Hierusalén, de Valencia, de Mayorcas, de Cerdeña, de Córcega, Conde de Barcelona, Duque de Atenas y de Neopatría, Conde de Ruisellón, Marqués de Oristan y de Gociano, etc.

Como los años pasados, vos el ilustre Don Gonzalo Hernández de Cordoba, Duque de Terranova, Marqués de Sant-Angelo y Vitonto, y mi condestable del Reino de Nápoles, nuestro muy caro y muy amado primo, y uno del nuestro secreto consejo, siendo vencedor, hicísteis gue-

rra, muy bien aventuradamente y grandes cosas en ella contra los Franceses y mayores que los hombres esperaban, por la dureza de ella: y asimesmo, por nuestro consentimiento, como por apellidamiento de muchas naciones, justamente para siempre nombre de Gran Capitán alcanzastes, donde por nuestro Capitán General, vos enviamos. Por ende parecíanos que era cosa justa y digna de Rey para memoria perdurable de los venideros, dar testimonio de vuestras virtudes y con tanto el agradecimiento que vos tenemos, daros escrebiros esta: aunque confesamos de buena gana, que tanta gloria y estado nos acrecentastes, que parece cosa recia, poderos dar digno galardón: de manera que aunque grandes mercedes vos hiziésemos, parecernos hia ser muy menos que vuestro merecimiento.

Y acordándonos otrosí como enviado por Nos por socorro, en breve tiempo restituistes en el Reino de Nápoles al Rey Don Fernando, casado con nuestra sobrina, echado del dicho reino de Nápoles, el cual muerto después, el Rey Federico, su tío y sucesor en el dicho Reino, vos dió el señorío del monte Gárgano y de muchos lugares que están cerca del: por lo cual volviendo en España, honradamente vos recibimos. Y acordándonos otrosí, como enviándoos otra vez en Italia (requeriéndolo la necesidad y

el tiempo) ganasteis muy diestramente la Chafalonia, que es isla del mar Ionio, ocupada mucho tiempo de los turcos, de la cual volviendo ganastes la Pulla y la Calabria: por lo cual vos confirmamos y retificamos y hezimos Duque de Terranova y de Sant-Angelo. I finalmente despues de la discordia nascida entre Nos y Don Luis rey de Francia, sobre la partición del dicho reino de Nápoles, estovistes mucho tiempo en todo el exército, con mucho seso en Barleta donde vencistes las Galeras de los franceses, sufriendo con mucha paciencia y constancia hambres y pestelencia asaz: y de ahí tomastes arribo do muy grande exército de Francia estaba, dentro veynte y cuatro horas y saliendo de la dicha Barleta diste la batalla a vuestros enemigos los franceses quasi en aquel mesmo lugar adonde venció Aníbal a los romanos. I de lo que es muy más de maravillar, que estando cercado salistes a los que vos tenían cercado; en la cual dicha batalla mataste al Capitán General y fuistes en el alcance desvaratando y hiriendo a los franceses hasta el Garellano, adonde los vencistes y despojastes de mucha y muy buena artillería, señas y banderas con aquel sufrimiento de Fabio dictador romano y con la destreza de Marcelo y la presteza de César. I acordándonos asimesmo como tomaste la ciudad de Nápoles

con increíble sabiduría y esfuerzos, y ganastes dos castillos muy fuertes hasta entonces invencibles, y de qué manera después asentastes real en medio del invierno, con grandes aguas en medio del río Garellano; y estando los enemigos con grande gente de la otra parte de dicho río, los cuales pasados ya por una puente de madera sobre barcas, y hicieron contra vos y los vuestros, no solamente los retraxistes, pero hecha por vos y los vuestros otra puente, pasastes de la otra parte del río y dándoles batallas los vencistes metiéndolos por fuerza por las puertas de Gaeta; la cual dada que le fué a su capitán para que se pudiese ir por la mar, luego se nos rindió Gaeta con el castillo. Pues ¿qué se dirá de vuestras hazañas, sino que dellas perpetua memoria quedará, con la sagacidad y esfuerzo con que ganastes a Ostia, tan fuerte proveída de gentes y artillería, de que tanto daño los franceses a Roma hacían? Los cuales por vos echados de Italia, con los naturales de ella que les seguían, sometistes el reino de Nápoles a nuestro señorío, donde mucho tiempo fuistes nuestro visorey. Por ende acatando lo susodicho, vos hacemos de estado y señorío del Ducado de Sesa, etc.

APENDICE II

Carta del Rey Católico a la Duquesa viuda de Terranova, después de la muerte del Gran Capitán

Duquesa prima. Ví la letra en que me hizistes saber el fallecimiento del Gran Capitán, y no solamente tenéis vos muy gran razón de sentir mucho su muerte porque perdistes el marido; pero téngola yo de haber perdido tan grande y señalado servidor, y a quien yo tenía tanto amor, y por cuyo medio, con el ayuda de nuestro Señor, se acrestó a nuestra corona real el nuevo reino de Nápoles; y por todas estas causas que son grandes (y principalmente por la que toca a vos) me ha pesado mucho su muerte, y con razón. Pero pues a Dios nuestro Señor ansí le plugo, debéis conformaros con su voluntad y darle gracias por ello; y no fatiguéis

el espíritu por aquello en que no hay otro remedio, porque daña a vuestra salud. Y tened por cierto que en lo que a vos y a la Duquesa vuestra hija y a vuestra casa tocare, tendré siempre presente la memoria de los servicios señalados que el Gran Capitán nos hizo. Por ello y por el amor que yo vos tengo, miraré y y favoreceré siempre mucho vuestras cosas en todo lo que pudiera, como lo veréis por experiencia, placiendo a Dios nuestro Señor, según más largamente vos lo dirá de mi parte la persona que envío a visitaros. De Truxillo a tres de Enero de mil quinientos y diez y seis años. —Yo, el Rey.

EPÍLOGO

EPÍLOGO

Semblanza del autor y algunas consideraciones sobre su obra

D. José Molero Rojas ha pasado ya aquellos treinta años de que hablaba Espronceda con todo el arrebato de su mucho romanticismo, y tal vez frise en los cuarenta, la edad propicia para las grandes obras; no es ni alto ni bajo, y en su porte modesto se revela la sencillez del eclesiástico y del varón alejado de las pompas y vanidades del mundo; es parco en palabras, sus gestos son siempre mesurados, y en su trato, es bondadoso y afable. En su semblante no hay nada extraordinario; ninguno de aquellos rasgos que Byron y Lamartine buscaban para sus héroes; la fisonomía de este escritor es apacible y tranquila, como su existencia misma; pero si en algo habríamos de fijarnos para hacer su retrato, aun-

que salga borroso y desdibujado, haríamos resaltar su frente amplia, abombada con las rayas y surcos que las luchas del intelecto graban en ella, y sus ojos, que son azules, grandes y rasgados, de un azul límpido como el del cielo en esas mañanas de los albores de la primavera; las pupilas de este hombre, ocupadas en la contemplación de interiores paisajes, miran distraídamente el espectáculo del mundo, soñando a perpetuidad muy distantes de este ajetreo en que néciamente vivimos todos, van tejiendo rimas, engarzando romances, burilando bellísimos conceptos; en esas pupilas azules no puede albergarse más que un alma soñadora, un alma de poeta; ojos son los azules que convidan al que los canta al lirismo y al ensueño; los poetas les dedicaron siempre sus predilecciones, y también muchos y muy grandes artistas del verso los tuvieron de ese color; si la cara es el espejo del alma y aquellos son las ventanas a que se asoma ésta, no es extraño que el autor del Romancero del Gran Capitán, que posee el ánima de un niño toda ingenuidad y poesía, ternura y amor, recite sus poemas iluminado el semblante por la luz que afluye a raudales de sus ojos, como una gran luminaria de ensueños y optimismos, de arte y emoción lírica; y estas produciones suyas son como él armónicas,

melodiosas, y la corrección misma en lo que a la forma atañe; nada en ellas es discorde; no hay metros distintos, son un fiel trasunto de la vida de este hombre favorecido de las musas, que tal vez sea el romance lo más acabado y perfecto de cuanto salió de su inspirada pluma.

Así, y merced a estos sus ojos, me arrepiento de mi ligereza y falta de observación; yo debí leer en esas pupilas la palabra poeta, pero no lo hice, no he reconocido a este bueno y novel amigo mío, como afiliado a esa secta ideal del arte, hasta que le oí leer este libro, que tú ya has saboreado, lector, y que supongo habrá producido en tu ánimo impresión análoga a la que yo sentí, cuando el autor me favoreció con su audición; recuerdo que lo hizo sin ceremonia ni preparación alguna; fué en la tertulia a que asistimos todas las noches, y antes de esta, en que se me reveló como poeta de altos vuelos, pasaba D. José Molero inadvertido, era un contertulio más, tal vez un buen señor, que iba allí a descansar un rato de sus ocupaciones diurnas; pero para mí cesó de serlo, para ser algo mucho más significativo y estimado desde que le oí leer este libro, que espero habrá de tener tanta resonancia literaria.

Con la espontaneidad y buena fe que me caracterizaron siempre, rectifiqué mi juicio, felici-

té al poeta, y, desde entonces, me honro admirándole sinceramente y siendo un leal amigo suyo.

Y puesto que lo soy, y esta amistad no es anterior al libro, sino que vino a nacer con él, y que fué causa de que se produjera aquélla, creo nadie dudará de mi imparcialidad y rectitud, si abrogándome títulos que no poseo, invado el campo de la crítica y estudio, a mi pobre manera, la personalidad y la labor del poeta.

Bien merecen ambas, juicios y elogios de plumas más autorizadas que la mía, pero como ser epiloguista de un volumen como el presente, aunque sea arduo empeño, es también gloriosa empresa, con todo el atrevimiento de mis pocos años, me he dispuesto a ello y hé aquí las primeras cuartillas.

D. José Molero Rojas es un ejemplo nada prodigado de actividad y amor al estudio, exactísimo en el cumplimiento de sus deberes todos, es en una pieza, sacerdote, capellán castrense, doctor en Filosofía y Letras, y en ambos Derechos, orador sagrado muy elocuente, y lo que aún vale más, aparte de las sagradas órdenes, un gran poeta, en el más amplio significado de la palabra, y un cultivador *único* de género lírico de tan rancio abolengo castellano como el romance. Tan grandísimo poeta és y sus méritos

tantos, que seguramente rebasan la opinión, modesta como suya, que él haya podido formar de sí mismo, y digo esto porque yo me imagino al padre Molero como poeta espontáneo, no solo por la mucha naturalidad de sus composiciones, por la frescura, lozanía y falta de artificio que en ellas se observa, sino porque nació poeta y no forzó su entendimiento en la imitación y la copia. De su alma, eminentemente lírica, de su pensamiento, que bebió en los cauces más cristalinos de la filosofía y la estética, de su espíritu aficionado a los clásicos, ha brotado todo ese riquísimo caudal poético, como brotara el agua de la peña cuando la hirió Moisés con la vara milagrosa.

Esto me afirma más y más en mi creencia de que el Romancero fué pergeñado sin que el poeta se diera cuenta de su mucho valor; luego probablemente lo leería en voz alta y entonces debió quedar asombrado y confuso.

¿Concebiría él, tan sencillo, la modestia misma, afanoso en la ocultación de sus méritos, que era autor de esos versos que no ha podido escribir otro poeta de este tiempo, sino él, porque para escribir este Romancero se necesita ser un coloso, para así enlazar en un formidable abrazo el presente con el pasado, para hacer surgir plena de verdad y vida una figura histórica como

la del gran Gonzalo, tan distanciado del materialismo de esta época egoista y decadente?

Pero, D. José Molero no es hijo de estos tiempos, en que le tocara nacer, porque si vino al mundo en ellos, fué seguramente por oculto designio de la Providencia, que suele complacerse en poner de cuando en cuando de antítesis con estos hombres positivistas, hijos del siglo, otros varios sabios y prudentes varones, que, por su espíritu y su ideología, son de otras edades; es poeta y un descendiente por línea directa de aquellos esforzados y preclaros maestros, clérigos unos, militares otros, grandes artistas de la palabra, escritores todos, que se llamaron Cervantes, Lope, Tirso, Ojeda, León y Granada; de aquellos sufridos soldados, de aquellos intrépidos conquistadores, que como Ercilla, después de cruentos combates, empleaba los descansos en narrar en inmortales octavas sus épicas acciones. Sin embargo, y a pesar de ser tan notorio su abolengo literario, de ser a un tiempo clérigo, soldado y poeta, de haberse encontrado en campañas como la de Filipinas, donde se distinguió tanto por el cumplimiento de su misión espiritual, como por su decisión y bravura, este hombre, probablemente por su modestia y aislamiento, más que con aquellos otros vates y guerre-

ros, le encuentro grande semejanza con aquel Fray Gabriel Téllez, que recogido en su celda, escribía donosas comedias que luego eran regocijo de la corte, sin que sus triunfos de la escena le hiciesen ni ahorcar los hábitos ni abandonar la paz de su retiro.

Sólo el mucho patriotismo de nuestro poeta, un patriotismo que no sucumbió como el de tantos otros ante las dolorosas escenas del desastre colonial, sino que más bien se fortaleció con la esperanza de un resurgimiento próximo, en el cual es colaborador estimable, sale hoy de la penumbra en que su personalidad se halla oculta para hacer ofrenda a España del Romancero compuesto en loa de uno de sus más preclaros hijos.

Y que este libro, si no el mejor, aunque yo así sinceramente lo juzgo, es uno de los mejores que en verso castellano se han publicado de algunos años a esta parte, criterio es del que estimo participarán cuantos hayan leído sin preocupación ni recelos cualquiera de esos romances, pues para confirmarse en el mismo, no hay más que reparar en su estructura y en la alteza de pensamiento que los informa, siendo clásicos sin caer en el culteranismo, líricos sin pomposidades gongorinas; fieles y veraces en la descripción de las asombrosas hazañas del Gran

Capitán; justos en la expresión, el ambiente y espíritu del siglo xv.

Creo que en el actual, en que la literatura, aparte de honrosas excepciones, ha caído en la abyección, la extravagancia y el barroquismo, escribir romances como aquellos poetas de las grandes épocas líricas nuestras, es de un mérito enorme; gracias a Molero, tiene Gonzalo, militar que tantos parangones admite con el Cid, un Romancero en absoluto digno de él.

También creo que este libro no podía tejerlo otra pluma que la de este poeta, que, remontándose a las más elevadas regiones de la Historia y del Arte, abstrayendo su espíritu de las ruindades y pasatiempos del mundo, ha vivido horas, días y quizá meses en aquel ambiente heróico, manteniendo fiel correspondencia con el Gran Capitán, que a buen seguro, allá en la otra vida se mostrará orgulloso de este su romancero, lo único que seguramente perdurará de toda esa modestísima conmemoración que del cuarto centenario de su fallecimiento se ha hecho en esta España, al presente tan olvidadiza e ingrata con aquellos que la engrandecieron, elevándola a altísimas cumbres de inmortalidad y gloria.

Solamente un sacerdote inflamado en vivísimo amor de Dios, paladín esforzado de los más sublimes sentimientos religiosos, soldado aman-

te del prestigio de su uniforme, devoto de las épicas tradiciones de nuestra heróica y sufrida milicia y poeta entusiasta, sincero de las espléndidas tradiciones literarias de Castilla, podía componer este libro por tantos conceptos admirable del que puede resumirse el espíritu que lo informa, en el amplio y hermoso lema de: «Religión y Patria», del que fué fidelísimo observante el gran Gonzalo, recuerda en inspirados cantos las tradiciones más gloriosas, perenne fuente de energías para los pueblos. Bien ganada tiene la alentadora alabanza, la cordial acogida para él y su obra, y esto nos hace esperar que al padre Molero se le haga toda la justicia que se merece y que su libro no pase inadvertido, ya que de un libro tan intenso, patriótico y bien hecho se trata, como lo es el Romancero de Don Gonzalo Fernández de Córdoba.»

Y le he calificado de «poeta nacional» sin temor de haberme excedido, pues si aquellos están en desuso, hoy que es moda literaria la imitación y la extranjería, el que ha escrito los romances que tu has tenido el buen gusto de leer, lector, bien puede titularse poeta nacional, ya que sus versos tienen por motivos asuntos hispánicos por excelencia y responden en un todo a nuestras características históricas y literarias.

Pero, para ser poeta nacional hay que escuchar la voz de la raza, es preciso estar compenetrado, ser solidario de su religión, su historia y sus letras; se necesita un perfecto equilibrio material y espiritual, y, ¿cómo van a ser poetas nacionales estos jóvenes de ahora, que han hecho del excepticismo, la perversión sexual y las mayores aberraciones humanas los motivos inspiradores de sus cantos?

No; estos desmedrados hombres de ahora, iconoclastas hartos de vagar en las tinieblas de la irreligión y el materialismo, raquíticos para vestir las armas de otros tiempos; de espíritu flaco y pusilánime para pulsar la lira de bronce y oro de nuestros épicos y nuestros líricos de la era clásica, no podrían, sin caer en la caricatura, sacar de sus sepulcros las momias de antaño y darles nueva vida, infundirles vigor y hacerles aparecer, como lo ha hecho este poeta, alejado de los cenáculos, que ignora o no quiere saber nada de Verlaine, Baudelaire, Poé y tantos otros genios malogrados de la neurosis, el alcohol y el suicidio.

D. José Molero mira más allá; como buen creyente, la vida no carece para él de finalidad ni objeto; no puede sentir esas nostalgias, ni ese cansancio de la existencia, estribillo de nuestros decadentes; como aquellos imponderables clási-

cos, es sereno, jovial, alegre y festivo; es su alegría de vivir, no la animal del que satisface los más descabellados caprichos, sino del que cumple su misión en la tierra, con la satisfacción interior que al cristiano produce la tranquilidad de la conciencia.

Si en realidad sentimos, como así es, la necesidad de un poeta nacional que preste con sus cálidas evocaciones de otros tiempos algo de calor a estos positivistas, el autor del Romancero de D. Gonzalo de Córdoba puede, sin disputa, usar ese título; sacerdote, militar y poeta, tanto por sus hábitos, su espada y su numen, responde en un todo a nuestras tradiciones literarias; vacante está el puesto desde que falleció Zorrilla; pero si D. José Molero no es un lírico a la manera zorrillesca, ni tampoco cultiva el teatro, en el romance, género en que al presente es único en nuestra patria, bien puede reclamar la sucesión del Duque de Rivas, aquel altísimo poeta nacional, por tantos conceptos famoso, que cultivó el romance con predilección análoga a la que por ese género siente el autor de este libro.

José Adolfo Garbayo

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

	Páginas.
Dedicatoria.....	V
Prólogo.....	VII
Introducción.....	1

Romancero del Gran Capitán

I.—Lugar del nacimiento de Gonzalo de Córdoba, en Montilla, año 1453.....	57
¡Salve, hermosa Andalucía!	
II.—Juventud de Gonzalo de Córdoba.....	62
A la pubertad apenas	
III.—Muerte de Enrique IV, el Impotente, y guerra de sucesión a la corona de Castilla.....	71
Muerto Enrique el Impotente	
IV.—Gonzalo de Córdoba en la batalla de Albuera.....	77
La reina Isabel primera	
V.—Gonzalo de Córdoba es nombrado por los Reyes Católicos, Gobernador de Alora (Málaga).....	81
Todo cedía su puesto	

Páginas.

VI.—Asalto de la ciudad de Loja defendida por Boabdil en 1490. El rey moro entrega la ciudad por mediación de Gonzalo de Córdoba..... 87

Como atalaya soberbia

VII.—Gonzalo de Córdoba, enviado por los Reyes Católicos, restablece el orden en Granada, alterado por los manejos de Aben-Habú, el Zagal..... 91

La Capital de Granada

VIII.—Gonzalo de Córdoba y Hágima, la buñolera..... 97

Era Hágima una mora

IX.—La reina Isabel la Católica y el Laurel de los siete siglos, en la Zubia..... 102

¡Cuán magnífica es Granada!

X.—La rendición de Granada, 2 de Enero 1492..... 107

Sultana del Occidente

Segunda parte del Romancero

I.—Gonzalo de Córdoba embarca en Málaga, en 24 de Mayo de 1495 y desembarca en Sicilia para socorrer a Fernando II, de Nápoles, destronado por Carlos VIII, de Francia..... 115

Carlos VIII de Francia

II.—La sorpresa de Laino, Italia, en 1496. Los varones coaligados de la Liga Anjoina son vencidos por Gonzalo de Córdoba. 119

¡Montañeses de Murano,

Páginas.

III.—El Papa Alejandro VI, llama a Gonzalo de Córdoba para que le libre de los corsarios que acaudillados por Menoldo Gueri en 1497, infectaban los estados del Pontífice..... 124

El Papa Alejandro VI,

IV.—Entusiasmo del pueblo romano porque Gonzalo de Córdoba libra a Roma de los piratas que la inquietaban..... 127

¡Viva el Marqués! ¡Viva! ¡Viva!

V.—Gonzalo de Córdoba, después de restablecer en su trono a Fernando II de Nápoles, vuelve a España y va a la Alpujarra a sofocar una rebelión de los moriscos, en 1500..... 130

Aún quedan algunas flores

VI.—La toma de Cefalonia en 24 de Noviembre de 1500, por Gonzalo de Córdoba. 135

Perla de albor rutilante

VII.—El Diploma de Venecia a Gonzalo Fernández de Córdoba..... 139

La República tan célebre,

VIII.—El asedio de Tarento..... 144

Era el Duque de Calabria

IX.—Batalla de Ceriñola..... 148

¡Ceriñola! ¡Ceriñola!

X.—El paso del Garellano y rendición de Gaeta, 1.º de Enero de 1504..... 155

Gran Capitán, los franceses

Páginas.

XI.—Gonzalo de Córdoba se despide de sus soldados, antes de abandonar la Italia, para regresar definitivamente a España, en 1507 160

¡Soldados e invictos hijos

XII.—La entrevista de Savona entre Fernando V el Católico y Luis XII de Francia, y en la que éste sienta a su mesa a Gonzalo de Córdoba, en 1507 164

El rey Luis XII de Francia

XIII.—Muerte de Gonzalo de Córdoba, en Granada en 2 de Diciembre de 1515 170

¡Descansa, caudillo ínclito.

Himno 177
Apéndice I 193
Idem II 197
Epílogo 201

380740

HSp.B
F3636
.Ym

Fernández de Córdoba, Gonzalo
Molero Rojas, José
Romancero del gran capitán D. Gonzalo Fernández de Córdoba.

DATE	NAME OF BORROWER

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED